OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

CÁNDIDO O EL OPTIMISMO

François-Marie Arouet:

Voltaire

1694-1778

BIBLIOTECA DIGITAL del ILCE

CÁNDIDO O EL OPTIMISMO

Voltaire

ÍNDICE

CAPÍTULO I. CÁNDIDO ES EDUCADO EN UN HERMOSO CASTILLO, Y ES EXPULSADO DE ÉL.....**3**

CAPÍTULO II. CÁNDIDO Y LOS BÚLGAROS.....**7**

CAPÍTULO III. CÁNDIDO HUYE DE LOS BÚLGAROS, Y LO QUE LE SUCEDE DESPUÉS...**11**

CAPÍTULO IV. CÁNDIDO ENCUENTRA A SU ANTIGUO MAESTRO DE FILOSOFLA, EL DOCTOR PANGLOSS, Y LO QUE LE OCURRE CON ÉL.....**15**

CAPÍTULO V. TEMPESTAD, NAUFRAGIO, TERREMOTO Y LO QUE FUE DEL DOCTOR PANGLOSS, DE CÁNDIDO Y DEL ANABATISTA JACOBO.....**20**

CAPÍTULO VI. SE CELEBRA UN AUTO DE FE PARA PREVENIR LOS TERREMOTOS Y CÁNDIDO ES AZOTADO.....**24**

CAPÍTULO VII. UNA ANCIANA CUIDA A CÁNDIDO, Y ÉSTE ENCUENTRA DE NUEVO A SU AMADA.....**26**

CAPÍTULO VIII. HISTORIA DE CUNEGUNDA.....**29**

CAPÍTULO IX. QUÉ SUCEDE A CUNEGUNDA, A CÁNDIDO, AL GRAN INQUISIDOR Y A UN JUDÍO.....**33**

CAPÍTULO X. POBREZA DE CÁNDIDO, CUNEGUNDA Y LA VIEJA BASTA LLEGAR A CÁDIZ, DONDE EMBARCAN.....**36**

CAPÍTULO XI. HISTORIA DE LA VIEJA.....**39**

CAPITULO XII. CONTINÚAN LAS DESGRACIAS DE LA VIEJA.....**43**

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XIII. OBLIGAN A CÁNDIDO A SEPARARSE DE LA BELLA CUNEGUNDA Y DE LA VIEJA **48**

CAPÍTULO XIV. CÁNDIDO Y CACAMBO SON RECOGIDOS POR LOS JESUITAS DEL PARAGUAY **52**

CAPÍTULO XV. CÁNDIDO MATA AL HERMANO DE SU QUERIDA CUNEGUNDA **57**

CAPITULO XVI. AVENTURAS DE LOS DOS VIAJEROS CON DOS MUCHACHAS, DOS MONOS Y CON UNOS SALVAJES APODADOS OREJUDOS **60**

CAPÍTULO XVII. CÁNDIDO Y SU CRIADO LLEGAN AL PAÍS DE EL DORADO **65**

CAPÍTULO XVIII. EL PAÍS DE ELDORADO **70**

CAPÍTULO XIX. AVENTURAS EN SURINAM. CÁNDIDO CONOCE A MARTÍN **78**

CAPÍTULO XX. AVENTURAS DE CÁNDIDO Y MARTÍN EN EL MAR **85**

CAPÍTULO XXI. CÁNDIDO Y MARTÍN SE ACERCAN A LAS COSTAS DE FRANCIA Y SIGUEN RAZONANDO **89**

CAPÍTULO XXII. AVENTURAS DE CÁNDIDO Y MARTÍN EN FRANCIA **92**

CAPÍTULO XXIII. LO QUE VIERON CÁNDIDO Y MARTÍN EN LAS COSTAS DE INGLATERRA **107**

CAPÍTULO XXIV. PAQUITA Y FRAY ALHELÍ **110**

CAPÍTULO XXV. VISITA AL SEÑOR POCOCURANTE, NOBLE VENECIANO **117**

CAPÍTULO XXVI. CÁNDIDO Y MARTÍN CENAN CON SEIS EXTRANJEROS **125**

CAPÍTULO XXVII. VIAJE DE CÁNDIDO A CONSTANTINOPLA **130**

CAPÍTULO XXVIII. ANDANZAS DE CÁNDIDO, CUNEGUNDA, PANGLOSS, MARTÍN, ETCÉTERA **136**

CAPÍTULO XXIX. CÁNDIDO ENCUENTRA A CUNEGUNDA Y A LA VIEJA **140**

CAPÍTULO XXX. CONCLUSIÓN **142**

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO I
CÁNDIDO ES EDUCADO EN UN HERMOSO CASTILLO, Y ES EXPULSADO DE ÉL

Había en Westfalia, en el castillo del señor barón de Thunder-ten-tronckh, un joven a quien la naturaleza había dotado con las más excelsas virtudes. Su fisonomía descubría su alma. Le llamaban Cándido, tal vez porque en él se daban la rectitud de juicio junto a la espontaneidad de carácter. Los criados de mayor antigüedad de la casa sospechaban que era hijo de la hermana del señor barón y de un honrado hidalgo de la comarca, con el que la señorita nunca quiso casarse porque solamente había podido probar setenta y un grados en su árbol genealógico: el resto de su linaje había sido devastado por el tiempo.

El señor barón era uno de los más poderosos señores de Westfalia, porque su castillo tenía ventanas y una puerta y hasta el salón tenía un tapiz de adorno. Si era necesario, todos los perros del corral se convertían en una jauría, sus caballerizos, en ojeadores, y el cura del pueblo, en capellán mayor. Todos le llamaban Monseñor, y le reían las gracias.

La señora baronesa, que pesaba alrededor de trescientas cincuenta libras, disfrutaba por ello de un gran aprecio, y, como llevaba a cabo sus labores de anfitriona con tanta dignidad, aún era más respetable. Su hija Cunegunda, de diecisiete años de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

edad, era una muchacha de mejillas sonrosadas, lozana, rellenita, apetitosa. El hijo del barón era el vivo retrato de su padre. El ayo Pangloss era el oráculo de aquella casa, y el pequeño Cándido atendía sus lecciones con toda la inocencia propia de su edad y de su carácter.

Pangloss enseñaba metafísico-teólogo-cosmolonigología, demostrando brillantemente que no hay efecto sin causa y que el castillo de monseñor barón era el más majestuoso de todos los castillos, y la señora baronesa, la mejor de todas las baronesas posibles de este mundo, el mejor de todos los mundos posibles.

–Es evidente –decía– que las cosas no pueden ser de distinta manera a como son: si todo ha sido creado por un fin, necesariamente es para el mejor fin. Observen que las narices se han hecho para llevar gafas; por eso usamos gafas. Es patente que las piernas se han creado para ser calzadas, y por eso llevamos calzones. Las piedras han sido formadas para ser talladas y para construir con ellas castillos; por eso, como barón más importante de la provincia, monseñor tiene un castillo bellísimo; mientras que, como los cerdos han sido creados para ser comidos, comemos cerdo todo el año. Por consiguiente, todos aquéllos que han defendido que todo está bien han cometido un error: deberían haber dicho que todo es perfecto.

Cándido le escuchaba con atención, y se lo creía todo ingenuamente: y así, como encontraba extremadamente bella a la señorita Cunegunda, aunque nunca había osado decírselo, llegaba a la conclusión de que, después de la fortuna de haber nacido barón de Thunder-ten-tronckh, el segundo grado de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

felicidad era ser la señorita Cunegunda; el tercero, poderla ver todos los días; y el cuarto, ir a clase del maestro Pangloss, el mayor filósofo de la provincia, y por consiguiente de todo el mundo.

Un día en que Cunegunda paseaba cerca del castillo por un bosquecillo al que llamaban parque, vio, entre unos arbustos, que el doctor Pangloss estaba impartiendo una lección de física experimental a la doncella de su madre, una morenita muy guapa y muy dócil. Como la señorita Cunegunda tenía mucho gusto por las ciencias, observó sin rechistar los repetidos experimentos de los que fue testigo; vio con toda claridad la razón suficiente del doctor, los efectos y las causas, y regresó inquieta, pensativa y con el único deseo de ser sabia, ocurriéndosele que a lo mejor podría ser ella la razón suficiente del joven Cándido, y éste la razón suficiente de ella misma.

Cuando volvía al castillo, se encontró con Cándido y se ruborizó, Cándido también se puso colorado, ella le saludó con voz entrecortada y Cándido le contestó sin saber muy bien lo que decía. Al día siguiente, después de la cena, cuando se levantaban de la mesa, Cunegunda y Cándido se toparon detrás de un biombo; Cunegunda dejó caer el pañuelo al suelo y Cándido lo recogió; al entregárselo, ella le cogió inocentemente la mano; el joven a su vez besó inocentemente la mano de la joven con un ímpetu, una sensibilidad y una gracia tan especial que sus bocas se juntaron, los ojos ardieron, las rodillas temblaron y las manos se extraviaron. El señor barón de Thunder-ten-trockh acertó a pasar cerca del biombo, y, al ver aquella causa y aquel efecto, echó a Cándido del castillo a patadas en el

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

trasero; Cunegunda se desmayó, pero, en cuanto volvió en sí, la señora baronesa la abofeteó; y sólo hubo aflicción en el más bello y más agradable de los castillos posibles.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO II
CÁNDIDO Y LOS BÚLGAROS

Tras ser arrojado del paraíso terrenal, Cándido anduvo mucho tiempo sin saber adónde ir, llorando y alzando los ojos al cielo, volviéndolos a menudo hacia el más hermoso de los castillos, que albergaba a la más hermosa de las baronesitas; por fin, se durmió sin cenar en un surco en medio del campo; nevaba copiosamente. Al día siguiente, temblando de frío, llegó a rastras hasta la ciudad vecina, que se llamaba Valdberg-hofftrarbk-dikdorff, sin dinero, muerto de hambre y de cansancio. Se paró con tristeza ante la puerta de una taberna. Dos hombres vestidos con uniforme azul repararon en él:

—Camarada —dijo uno de ellos—, he aquí un joven bien parecido y con la estatura apropiada.

Se aproximaron a Cándido y le invitaron a cenar muy educadamente.

—Señores —les contestó Cándido con humildad aunque amablemente—, es un honor para mí, pero no puedo pagar mi parte.

Ah, señor—respondió uno de los de azul—, las personas que tienen su aspecto y sus virtudes nunca pagan nada: ¿no mide usted cinco pies con cinco pulgadas de altura?

—Sí, señores, ésa es mi estatura —contestó con una inclinación.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Ah, señor, sentaos a la mesa; no solamente le vamos a invitar, sino que no vamos a consentir que a un hombre como usted le falte dinero; todos los hombres deben ayudarse entre sí.

—Tenéis razón —dijo Cándido—; eso es lo que siempre afirmaba el señor Pangloss, y ya veo que todo es perfecto.

Le suplican que acepte unas monedas, las coge y quiere extenderles un recibo a cambio; ellos no lo aceptan en absoluto y se sientan a comer.

—¿No siente usted afecto por...?

—¡Oh!, sí —contesta—, estoy muy enamorado de la señorita Cunegunda.

—No, no es eso —dice uno de aquellos señores—, queremos decir si no siente un particular afecto por el rey de los búlgaros.

—En absoluto —dice—, no lo conozco.

—¡Cómo! Es el rey más encantador, y hay que brindar por él.

—¡Eso con mucho gusto, caballeros!

—Y bebe.

—Con esto basta —le dicen a continuación

Ahora, ahora es usted el apoyo, el protector, el defensor, el héroe de los búlgaros; su suerte está echada, y su gloria asegurada.

Rápidamente le colocan grilletes en los pies y se lo llevan al regimiento. Allí le hacen girar a la derecha, a la izquierda, sacar la baqueta, envainarla, apuntar con la rodilla en tierra, disparar,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ir a paso doble, y le dan treinta bastonazos; al día siguiente, hace la instrucción un poco mejor, y tan sólo recibe veinte palos; al otro día no le dan más que diez y sus compañeros le consideran un portento.

Cándido, sorprendido, no entendía muy bien por qué era un héroe. Un espléndido día de primavera le apeteció ir a pasear y fue caminando todo derecho, creyendo que el uso de las piernas al antojo de cada uno era un privilegio tanto de la especie humana como de la animal. No habría andado ni dos leguas cuando otros cuatro héroes de seis pies le alcanzan, lo apresan y lo arrestan. Se le preguntó reglamentariamente si prefería ser azotado treinta y seis veces por todo el regimiento o recibir doce balas de plomo en la cabeza. Por más que alegara que las voluntades son libres, y que no quería ni una cosa ni otra, tuvo que elegir: en nombre de ese don de Dios llamado "libertad", se decidió por pasar treinta y seis veces por los palos; y pasó dos veces. Como el regimiento lo componían dos mil hombres, en total sumaban cuatro mil baquetazos que, desde la nuca al culo, le dejaron completamente desollado. Cuando iban a empezar la tercera carrera, Cándido, como no podía ya más, les suplicó que tuvieran la bondad de romperle la cabeza y accedieron a ello. Le vendaron los ojos; le hincaron de rodillas. En ese mismo momento acierta a pasar el rey de los búlgaros, que se informa del delito del doliente y, como aquel rey era muy inteligente, comprendió, por todo lo que dijeron de Cándido, que era un joven metafísico que ignoraba las cosas de este mundo, y le otorgó su perdón con una clemencia que será alabada por todos los periódicos y por todos los siglos. Un buen cirujano curó a

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cándido en tres semanas con los calmantes prescritos por Discórido. Ya le había crecido un poco de piel, y podía caminar, cuando el rey de los búlgaros emprendió batalla contra el rey de los ábaros.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO III
CÁNDIDO HUYE DE LOS BÚLGAROS, Y LO QUE LE SUCEDE DESPUÉS

No había nada en el mundo más bello, más ágil, más brillante, más bien organizado que aquellos dos ejércitos. Las trompetas, pífanos, oboes, tambores, cañones formaban tal armonía que ni en el infierno existiera cosa igual. En primer lugar la artillería abatió casi seis mil hombres de cada bando; a continuación los arcabuceros hicieron desaparecer del mejor de los mundos, cuya superficie infectaban, a unos nueve o diez mil bellacos. La bayoneta fue también causa suficiente de la muerte de algunos miles de hombres. Entre todos sumarían unas treinta mil almas. Cándido, que temblaba como una hoja, se escondió como pudo durante esta heroica carnicería.

Al finalizar la contienda y mientras cada uno de los reyes mandaba cantar a los suyos unos *Te Deum* en acción de gracias, decidió partir hacia otro sitio en el que pudiera razonar sobre efectos y causas. Saltó por encima de montones de muertos y moribundos, y se dirigió en primer lugar a un pueblo cercano que encontró reducido a cenizas: era un pueblo ábaro que había sido quemado por los búlgaros, de acuerdo con las leyes del derecho público. Por aquí ancianos maltrechos veían morir a sus mujeres degolladas, que apretaban a sus hijos contra sus pechos ensangrentados; por allá muchachas con las tripas al aire, tras haber satisfecho las necesidades naturales de algunos héroes, exhalaban el último suspiro; otras, a medio quemar,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

chillaban pidiendo que acabaran con ellas. Por el suelo estaban esparcidos sesos mezclados con brazos y piernas amputados.

Cándido huyó a todo correr a otro pueblo: pertenecía a los búlgaros, y los héroes ábaros lo habían tratado de la misma manera. Cándido, avanzando también sobre miembros aún con vida, o a través de ruinas, llegó por fin a territorio sin guerra, con pocas provisiones en el zurrón; y sin olvidar a la señorita Cunegunda. Al llegar a Holanda, los alimentos se le habían acabado, pero, como había oído decir que allí todo el mundo era rico y que además eran cristianos, pensó que sería tratado tan bien como en el castillo del señor barón, antes de que le echaran de él por culpa de los bellos ojos de la señorita Cunegunda.

Pidió limosna a varios personajes importantes y todos le contestaron que, si continuaba ejerciendo aquel oficio, lo encerrarían en la correccional para que aprendiera a ganarse la vida.

A continuación, se acercó a un hombre que había disertado sobre la caridad durante una hora seguida en una gran asamblea en la que nadie le había interrumpido. El orador le dice con mala cara:

—¿A qué viene aquí? ¿Está del lado de la buena causa?

—No hay efecto sin causa —contestó humildemente Cándido— todo está encadenado necesariamente y dispuesto de la mejor manera posible. Ha sido necesario que me echaran del lado de la señorita Cunegunda, que me pegaran, y que tenga que pedir

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

pan hasta que pueda ganármelo; necesariamente todo esto no podría haber sido de otra manera.

—Amigo —le replicó el orador—, ¿creéis que el papa es el Anticristo?

—Es la primera vez que lo oigo —contestó Cándido—; pero tanto si lo es como si no, yo no tengo ni un mendrugo de pan que comer.

—No mereces comerlo —dijo el otro—; vete de aquí, sinvergüenza; vete de aquí, miserable, y no te acerques a mí en toda tu vida.

La mujer del orador que se había asomado a la ventana, al ver a un hombre que dudaba de que el papa fuera el Anticristo, le arrojó a la cabeza un cántaro de... ¡Oh cielos! ¡A qué excesos conduce a las mujeres el celo por la religión!

Un hombre aún sin bautizar, un buen anabatista, llamado Jacobo, que había contemplado aquella forma cruel e infame de tratar a uno de sus hermanos, un ser bípedo, sin plumas y con alma, se lo llevó a su casa, lo limpió, le dio pan y cerveza, le regaló dos florines, y hasta quiso enseñarle a trabajar en las manufacturas de telas de Persia que se fabrican en Holanda.

Cándido, casi arrodillándose ante él, exclamaba:

—Qué razón tenía el maestro Pangloss cuando me decía que todo es óptimo en este mundo, porque más me conmueve vuestra enorme generosidad que la crueldad del señor vestido de negro y de su señora esposa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al día siguiente, cuando estaba dando un paseo, se topó con un mendigo todo lleno de pústulas, con los ojos apagados, la punta de la nariz roída, la boca torcida, los dientes negros, una voz gutural, acosado por violenta tos, y que, en cada esfuerzo que hacía al hablar, escupía un diente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO IV
CÁNDIDO ENCUENTRA A SU ANTIGUO MAESTRO DE FILOSOFLA, EL DOCTOR PANGLOSS, Y LO QUE LE OCURRE CON ÉL.

Cándido, con más compasión que horror, entregó a aquel horrible pordiosero los dos florines que había recibido del honesto anabatista Jacobo. El fantasma le miró fijamente, empezó a llorar y le rodeó el cuello con sus brazos. Cándido retrocedió aterrado.

—¡Ay! —dijo el miserable al otro miserable—, ¿no reconocéis ya a vuestro querido Pangloss?

—¿Qué oigo? ¡Vos, mi amado maestro, vos en este horrible estado! ¿Qué desgracia os ha ocurrido? ¿Por qué no estáis ya en el más bello de los castillos? ¿Qué ha sido de la señorita Cunegunda, la perla de las muchachas, la obra maestra de la naturaleza?

—No puedo ni con mi alma —dijo Pangloss.

Cándido lo llevó inmediatamente al cobertizo del anabatista, donde le dio de comer un poco de pan; y, cuando lo vio un poco recuperado, le preguntó:

—Bueno, ¿y la señorita Cunegunda?

—Ha muerto —contestó el otro. Al oír aquella respuesta Cándido se desmayó; su amigo le hizo volver en sí con un poco de vinagre en mal estado que por fortuna había por allí. Cándido abre de nuevo los ojos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Ha muerto Cunegunda! Ah, ¿dónde está el mejor de los mundos? ¿Pero de qué enfermedad ha muerto? ¿Acaso fue porque me echaron a patadas del bello castillo de su señor padre?

—De ninguna manera —dijo Pangloss—, los soldados búlgaros la destriparon tras haberla violado repetidas veces; al señor barón, que quería defenderla, le saltaron los sesos de un disparo; con la señora baronesa hicieron varios trozos; a mi pobre pupilo le trataron igual que a su hermana; y del castillo, no ha quedado piedra sobre piedra, ni una granja, ni un cordero, ni un pato, ni un árbol; ahora bien, los ábaros nos han vengado, pues han hecho lo mismo en una baronía cercana que pertenecía a un señor búlgaro.

Ante tal descripción, Cándido se desmayó otra vez; pero, de nuevo en sí y tras decir todo cuanto tenía que decir, trató de averiguar la causa y el efecto, y la razón suficiente que habían llevado a Pangloss a tan lamentable estado.

—¡Ay! —contestó el otro—, ha sido el amor: el amor, consuelo del género humano, el que mantiene el universo, el alma de todos los seres sensibles, el tierno amor.

—¡Lástima! —exclamó Cándido—, yo también he conocido ese amor, ese dueño de los corazones, esa alma gemela; y únicamente me proporcionó un beso y veinte patadas en el culo. ¿Cómo causa tan bella ha podido produciros a vos un efecto tan abominable?

Pangloss contestó de la siguiente manera:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Querido Cándido, vos conocisteis a Paquita, aquella criada tan guapa de nuestra augusta baronesa; gocé en sus brazos de los placeres del paraíso, que me ocasionan ahora estos tormentos infernales; ella estaba completamente infectada y quizá haya muerto ya a causa de ellos. A Paquita le había hecho tal regalo un fraile franciscano muy sabio, que había investigado su origen, pues a él se lo había contagiado una vieja condesa, que lo había recibido a su vez de un capitán de caballería, que se lo debía a una marquesa, que lo había cogido de un paje, el cual lo había recibido de un jesuita, quien, cuando era novicio, lo había adquirido directamente de uno de los compañeros de Cristóbal Colón. En cuanto a mí, yo no se lo pegaré a nadie, porque me estoy muriendo.

—¡Oh Pangloss! —exclamó Cándido—, ¡qué extraña genealogía! ¿No será cosa del diablo tal linaje?

—En absoluto —replicó aquel gran hombre —era cosa indispensable en el mejor de los mundos, era un ingrediente totalmente necesario: si Cristóbal Colón no hubiera cogido en una isla de América esta enfermedad que envenena el origen de la vida, y que incluso impide muchas veces la procreación, cosa que evidentemente es contraria a los fines de la naturaleza, no conoceríamos ni el chocolate ni la cochinilla; por otra parte debemos observar que, actualmente, en nuestro continente, esta enfermedad, junto con la dialéctica, es una de nuestras características propias. Turcos, indios, persas, chinos, siameses, japoneses aún no la conocen; si bien hay una razón suficiente para que la conozcan a su vez dentro de unos siglos. Mientras tanto se ha desarrollado prodigiosamente entre nosotros, y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

especialmente entre los grandes ejércitos integrados por militares honrados y bien educados, que deciden el destino de los países; se puede asegurar que, cuando treinta mil soldados combaten en batalla campal contra tropas semejantes en número, unos veinte mil hombres de cada bando mostrarán pústulas.

—Qué sorprendente es todo eso —dice Cándido—; pero ahora os tenéis que curar.

—¿Y cómo podría hacerlo? —dice Pangloss—, amigo mío, no tengo ni un céntimo, y en este mundo nadie puede conseguir que le hagan una sangría o una lavativa sin pagar, o sin que alguien pague por él.

Este último comentario decidió a Cándido; fue a arrojarse a los pies de su caritativo anabatista Jacobo, y le describió el estado en el que se encontraba su amigo de una manera tan conmovedora que el buen hombre no dudó en socorrer al doctor Pangloss; lo mandó curar a su costa. Pangloss tan sólo perdió en la cura un ojo y una oreja. Como sabía escribir y conocía la aritmética a la perfección, el anabatista lo nombró secretario suyo. Al cabo de dos meses, como tenía que ir a Lisboa por asuntos de negocios, se llevó en su barco a los dos filósofos. Pangloss le explicó cómo todo en el mundo era perfecto. Jacobo no compartía esa opinión:

—De alguna manera los hombres han debido corromper algo la naturaleza, puesto que no han nacido lobos y se han convertido en lobos. Dios no les ha dado ni cañones del veinticuatro, ni bayonetas; y ellos han fabricado bayonetas y cañones para

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

destruirse. Podría añadirse también la bancarrota, y la justicia, que se apodera de los bienes de los que quiebran sin dar nada a los acreedores.

—Todo eso era indispensable —contestaba el sabio tuerto—, las desgracias particulares contribuyen al bien general; de manera que a más desgracias particulares mejor va todo.

Mientras razonaba así, el cielo se oscureció, empezaron a soplar los vientos de todos los lados y el barco se vio asaltado por la más horrible tempestad, justo al avistar el puerto de Lisboa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO V
TEMPESTAD, NAUFRAGIO, TERREMOTO Y LO QUE FUE DEL DOCTOR PANGLOSS, DE CÁNDIDO Y DEL ANABATISTA JACOBO.

La mitad de los débiles pasajeros, medio moribundos por el tremendo mareo que el balanceo de un barco ocasiona a los nervios y a todos los humores del cuerpo empujados hacia direcciones opuestas, no tenía fuerza ni para preocuparse del peligro. La otra mitad gritaba y rezaba; las velas estaban desgarradas, los mástiles rotos, la nave resquebrajada. Trabajaba el que podía, el desconcierto era general, no había mando. Cuando el anabatista, que estaba sobre la cubierta, echaba una mano en la maniobra, un marinero furioso le golpeó con fuerza tirándolo al suelo; pero pegó con tanto ímpetu, que él mismo recibió también tal sacudida, que se precipitó de cabeza fuera de la nave, quedando colgado y agarrado a un trozo de mástil roto. El buen Jacobo acude en su ayuda, le empuja para que vuelva a subir, y realiza tal esfuerzo que es precipitado al mar delante del marinero, que lo deja perecer sin tan siquiera mirarlo. Cándido se acerca, ve que su bienhechor reaparece un instante y que se hunde definitivamente. Quiere arrojarse tras él al mar, pero el filósofo Pangloss se lo impide haciéndole ver que la bahía de Lisboa había sido formada ex profeso para que aquel anabatista se ahogara en ella. Mientras lo demostraba *a priori*, el barco se parte por la mitad y todos perecen, menos Pangloss, Cándido y aquel brutal marinero que había permitido ahogarse al virtuoso anabatista: el muy bribón

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

nadó felizmente hasta la orilla, en tanto que Pangloss y Cándido fueron arrastrados por una tabla.

Cuando se recuperaron un poco, se dirigieron hacia Lisboa; aún les quedaba algún dinero, con el que esperaban remediar el hambre tras haber conseguido sortear la tempestad.

Apenas llegan a la ciudad, llorando la muerte de su bienhechor, cuando sienten que la tierra tiembla bajo sus pies, que hay marejada en el puerto y el mar rompe los navíos anclados. Las calles y plazas públicas se cubren de remolinos de llamas y cenizas; las casas se desploman, los tejados se hunden y los cimientos se dispersan; treinta mil habitantes de cualquier edad y sexo son aplastados bajo las ruinas. Según silbaba y juraba, el marinero decía:

—Algún beneficio sacaré de aquí.

—¿Cuál puede ser la razón suficiente de ese fenómeno? —decía Pangloss.

—¡Esto es el fin del mundo! —exclamaba Cándido.

El marinero corre de inmediato entre las ruinas, desafía a la muerte con tal de encontrar dinero, lo halla, se apodera de él, se emborracha, y, después de dormir la cogorza, compra los favores de la primera moza voluntariosa que encuentra sobre los escombros de las casas derruidas rodeado de moribundos y muertos. Pangloss entretanto le tiraba de la manga:

—Amigo mío —le decía—, eso no está bien, desobedecéis a la razón universal, porque éste no es el mejor momento para ello.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Por Satanás! —contestó el otro—, soy un marinero nacido en Batavia, cuatro viajes he hecho al Japón y cuatro veces he pisado el crucifijo; ¡a mí me vas a hablar de la razón universal!

Cándido, que estaba tendido en la calle y cubierto de cascotes porque un derrumbamiento de piedras le había herido, decía a Pangloss:

—¡Por favor, consígueme un poco de vino y de aceite; me muero!

—Este terremoto no es ninguna novedad —contestó Pangloss— el año pasado, en América, la ciudad de Lima padeció los mismos temblores; las mismas causas producen los mismos efectos: debe haber bajo tierra una veta de azufre desde Lima a Lisboa.

—Probablemente —dijo Cándido—; pero por el amor de Dios dadme un poco de aceite y de vino.

—¿Cómo probablemente? —replicó el filósofo—. Sostengo que la cosa está demostrada.

Cándido perdió el conocimiento, y Pangloss le acercó un poco de agua de una fuente cercana.

Al día siguiente pudieron recuperar un poco las fuerzas al encontrar algunos alimentos entre los escombros. Luego trataron, como los demás, de aliviar a los habitantes que habían escapado de la muerte. Algunos ciudadanos, socorridos por ellos, les regalaron la mejor cena que podía darse en semejantes circunstancias: la cena estuvo llena de tristeza y los comensales

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

regaban el pan con sus lágrimas; pero Pangloss los consolaba, asegurándoles que las cosas no podían ser de otro modo:

—Porque —dijo—, esto es lo perfecto; porque si hay un volcán en Lisboa, no podría estar en otro sitio; porque es imposible que las cosas estén en un lugar diferente al que están; y porque todo está bien.

Un hombrecillo negro, emparentado con la inquisición, que se encontraba junto a él, empezó a hablar muy cortésmente de la siguiente manera:

—Parece que el señor no cree en el pecado original; pues, si todo es perfecto, ni hubo caída ni hubo castigo.

—Ruego a su Excelencia que me perdone —respondió Pangloss con mayor cortesía aún—, pero la caída del hombre y la maldición eran necesarios en el mejor de los mundos posibles.

—¿No cree usted entonces en la libertad? dijo el hombrecillo.

—Su Excelencia sabrá disculparme —dijo Pangloss ; la libertad puede existir junto a la necesidad absoluta: porque era necesario que fuéramos libres; porque al fin la libertad condicionada...

Pangloss estaba en medio de la frase cuando el hombrecillo le hizo una seña con la cabeza al criado que le estaba sirviendo vino de Porto o de Oporto para beber.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO VI
SE CELEBRA UN AUTO DE FE PARA PREVENIR LOS TERREMOTOS Y CÁNDIDO ES AZOTADO

Tras aquel terremoto que había destruido las tres cuartas partes de Lisboa, los sabios del país no habían hallado mejor método para prevenir el desastre total que ofrecerle al pueblo un hermoso auto de fe: la universidad de Coimbra había decidido que el espectáculo de algunas personas quemadas a fuego lento, con el gran ritual al uso, era el remedio infalible para que la tierra no temblase.

Por consiguiente se había apresado a un vizcaíno convicto de haberse casado con su comadre, y a dos portugueses que, al ir a comer un pollo, habían apartado el tocino en el que estaba envuelto: después de cenar prendieron al doctor Pangloss y a su discípulo Cándido, al uno por haber hablado y al otro por haber escuchado con cierto aire de aprobación: los dos fueron encerrados en unas celdas extremadamente frías, en las que nunca entraba el sol: ocho días más tarde les vistieron con el sambenito, y les adornaron la cabeza con unas mitras de papel; en la mitra y en el sambenito de Cándido estaban pintadas unas llamaradas invertidas y unos diablos que no tenían ni rabo ni garras, por el contrario los diablos de Pangloss tenían garras y rabos y las llamas estaban derechas. Vestidos de esta manera fueron en procesión a oír un sermón muy patético, seguido de una excelente música coral. Al compás de ésta, Cándido fue azotado, el vizcaíno y los dos hombres que no habían querido comer tocino fueron quemados, y Pangloss fue ahorcado, si

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

bien no era ésta la costumbre. Aquel mismo día la tierra tembló de nuevo con un estruendo horroroso.

Cándido, aterrorizado, desconcertado, sobrecogido, completamente ensangrentado y tembloroso, se decía a sí mismo:

"Si éste es el mejor de los mundos posibles, ¿cómo serán los otros? Si al menos sólo me hubieran azotado a mí, que ya me lo hicieron los búlgaros; pero, ¡oh mi querido Pangloss, el más grande de los filósofos!, ¿por qué tenía que ver cómo os ahorcaban sin saber el motivo? ¡Oh mi querido anabatista, el mejor de los hombres!, ¿por qué teníais que ahogaros en el puerto? ¡Oh señorita Cunegunda, la perla de las muchachas!, ¿por qué tenían que abriros el vientre?"

Sosteniéndose a duras penas, se estaba dando la vuelta, tras haber sido sermoneado, azotado, absuelto y bendecido, cuando una vieja se acercó a él y le dijo:

—Tened valor, hijo mío, seguidme.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO VII
UNA ANCIANA CUIDA A CÁNDIDO, Y ÉSTE ENCUENTRA DE NUEVO A SU AMADA

Cándido no se animó en absoluto, pero siguió a la vieja hasta una casucha: ella le dio un tarro de pomada para que se untase con ella, le dejó comida y bebida; le señaló un camastro bastante limpio junto al cual había un traje completo.

—¡Comed, bebed y dormid —le dijo—, y que Nuestra Señora de Atocha, San Antonio de Padua y Santiago de Compostela os cuiden! Volveré mañana.

Cándido, que aún estaba aturdido por todo lo que había visto, por todo lo que había sufrido, y sobre todo por la caridad de aquella vieja, quiso besarle la mano.

—No es mi mano lo que hay que besar —dijo la vieja—; volveré mañana. Untaos bien de pomada, comed y dormid.

A pesar de tantas desgracias, Cándido comió y durmió. Al día siguiente, la vieja le lleva el desayuno, echa un vistazo a su espalda, ella misma le extiende otra pomada; más tarde le lleva la comida; regresa por la noche para llevarle la cena. El segundo día repitió las mismas idas y venidas.

—¿Quién sois? —le preguntaba Cándido cada vez—. ¿Quién os ha inspirado tanta bondad? ¿Cómo os lo puedo agradecer?

La buena mujer nunca contestaba nada; volvió por la noche, pero no trajo cena:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Venid conmigo —le dijo—, y no digáis palabra.

Lo coge del brazo, y camina con él por el campo, aproximadamente un cuarto de milla: llegan a una casa aislada, rodeada de jardines y canales. La vieja llama a una puertecilla. Le abren; acompaña a Cándido por una escalera secreta hasta un aposento decorado en oro, le deja sobre un canapé de brocado, cierra la puerta y se va. Cándido creía estar soñando, pero consideraba toda su vida pasada como un sueño funesto mientras que el momento presente era un sueño muy agradable.

La vieja regresó enseguida; sostenía con bastante dificultad a una mujer temblorosa, de majestuosa estatura, adornada de piedras preciosas, y tapada con un velo.

—Retire ese velo —le dijo la vieja a Cándido.

El joven se acerca y lo levanta con timidez. ¡Qué momento! ¡Qué sorpresa! Cree que está viendo a la señorita Cunegunda; y en efecto la estaba viendo, era ella misma. No pudiendo pronunciar ni una sola palabra, al flaquearle las fuerzas, cae a sus pies, mientras Cunegunda se desmaya a su vez sobre el canapé. La vieja les hace volver en sí dándoles agua y sales, se hablan; al principio lo hacen entrecortadamente, preguntas y respuestas que se cruzan, suspiros, lágrimas, gemidos. La vieja les deja solos tras recomendarles que no hagan ruido.

—¡Cómo! Pero sois vos —le dice Cándido—; ¡estáis viva! ¡Y os encuentro en Portugal! ¿No os habían violado? ¿No os habían

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

abierto el vientre, según me había asegurado el filósofo Pangloss?

—En efecto—asegura la bella Cunegunda—; pero no siempre esos dos accidentes ocasionan la muerte.

—¿Pero vuestro padre y a vuestra madre murieron?

—Desgraciadamente es verdad —dice Cunegunda llorando.

—¿Y vuestro hermano?

—También mi hermano murió.

—¿Y por qué estáis en Portugal? ¿Y cómo os habéis enterado de que también estaba yo aquí, y por qué extraña razón me habéis conducido hasta esta casa?

—Ya os lo explicaré todo —contestó la dama—; pero antes debéis contarme todo cuanto os ha ocurrido desde aquel inocente beso que me disteis y el puntapié que os dieron.

Cándido le obedeció con un profundo respeto; y aunque estuviera atontado y aún le doliera un poco el espinazo, con voz débil y temblorosa le contó de la manera más sencilla todo lo que había padecido desde el momento de su separación. Cunegunda alzaba los ojos al cielo: la muerte del buen anabatista y de Pangloss le hicieron llorar; tras lo cual habló de la siguiente manera a Cándido, que no perdía ni una sola palabra y la devoraba con los ojos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO VIII
HISTORIA DE CUNEGUNDA

—Estaba en la cama durmiendo profundamente, cuando quiso el cielo enviar a los búlgaros a nuestro hermoso castillo de Thunder-tentronckh; degollaron a mi padre y a mi hermano, y a mi madre la despedazaron. Un búlgaro enorme, de seis pies de altura, al ver que yo perdía el conocimiento ante aquel espectáculo, intentó violarme; aquello me hizo volver en mí y recobrar el sentido; grité, me opuse con todas mis fuerzas, le mordí, le arañé, quería sacarle los ojos a aquel búlgaro, desconociendo que cuanto estaba ocurriendo en el castillo de mi padre era algo normal: el bruto me dio un navajazo en el costado izquierdo cuya cicatriz aún conservo.

—¡Qué lástima! Espero que pueda verla —dijo el ingenuo Cándido.

—La veréis —dijo Cunegunda—; pero continuemos.

—Proseguid —dijo Cándido.

Ella retomó el hilo de su relato así:

—Un capitán búlgaro entró, me vio a mí toda ensangrentada, y que aquel soldado seguía a lo suyo. El capitán se encolerizó al ver el poco respeto que aquel bruto mostraba por él y lo mató. Luego ordenó que me curasen, y me llevó como prisionera de guerra a su cuartel. Le lavaba las pocas camisas que tenía, le guisaba, me encontraba muy bonita, todo hay que decirlo; y debo confesar que era bien parecido, con una piel blanca y

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

suave; aunque con poca inteligencia y poca instrucción: a lo lejos se veía que no había sido educado por el doctor Pangloss. Al cabo de tres meses, como había perdido todo su dinero y se había cansado de mí, me vendió a un judío llamado don Isachar, que traficaba en Holanda y Portugal, y que amaba con pasión a las mujeres. Este judío se prendó de mí, pero no pudo conseguirme; le opuse mejor resistencia que al soldado búlgaro: una persona honrada puede ser violada una vez, pero su virtud se vuelve más firme. El judío, para someterme, me trajo a esta casa de campo que veis. Hasta ahora yo había creído que no existía nada tan bello en la tierra como el castillo de Thunder-ten-tronckh; estaba equivocada.

»Un día, el gran inquisidor me vio en misa; me observó detenidamente y me mandó el recado de que tenía que hablarme de asuntos secretos. Me llevaron a su palacio; le informé de mi linaje; me hizo ver que estaba por debajo de mi categoría al pertenecer a un israelita. A instancias suyas propusieron a don Isachar que me cediera al señor inquisidor. Don Isachar, que es el banquero de la corte, y hombre de crédito, no quiso ni oírlo. El inquisidor le amenazó con un auto de fe. Al final mi judío, atemorizado, aceptó un trato mediante el cual la casa y yo perteneceríamos conjuntamente a los dos; los lunes, miércoles y el día del sábado sería del judío, y los demás días de la semana, del inquisidor. Este acuerdo dura desde hace seis meses. Ha habido bastantes discusiones, ya que no está aún nada claro si la noche del sábado al domingo es de la ley antigua o de la nueva. Por lo que a mí respecta, he

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

resistido hasta ahora a los dos; y debe ser por eso por lo que aún sigo siendo amada.

»Con el fin de alejar el azote de los terremotos, y atemorizar de paso a don Isachar, el inquisidor quiso celebrar un auto de fe y me invitó a él. Me acomodaron en un buen lugar; entre la misa y la ejecución se sirvieron refrescos a las damas. A decir verdad, me horrorizó ver cómo quemaban a aquellos dos judíos y a aquel honrado vizcaíno casado con su comadre; ¡pero cuál no sería mi asombro, mi espanto y mi sorpresa, al ver vestido con un sambenito y bajo una mitra, un rostro parecido al de Pangloss! Tuve que restregarme los ojos, miré atentamente cómo lo ahorcaban y me desmayé. Apenas había recobrado el sentido cuando os vi indefenso, completamente desnudo; aquello fue el colmo del horror, del dolor, de la angustia, de la desesperación. Ciertamente, os confesaré que vuestra piel es aún más blanca y más sonrosada que la de mi capitán de los búlgaros. Esta imagen hizo que se redoblaran todos los sentimientos que me angustiaban, que me devoraban. Intenté gritar, queriendo decir: "¡Deteneos, bárbaros!" Pero la voz me falló y mis gritos hubieran sido inútiles. Acabado el castigo, me preguntaba yo: "¿Cómo es posible que el amable Cándido y el sabio Pangloss se encuentren en Lisboa, que uno reciba cien azotes y que el otro sea ahorcado por orden de monseñor el inquisidor, que tan enamorado está de mí? Pangloss me ha engañado despiadadamente al decirme que todo es perfecto en el mundo".

»Estaba trastornada, enloquecida, a ratos hecha una fiera y a ratos a punto de morir de debilidad, los recuerdos bullían en mi

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

cabeza: la masacre de mi padre, de mi madre, de mi hermano, la insolencia del ruin soldado búlgaro, la cuchillada que me dio, mi servidumbre, mi oficio de cocinera el capitán búlgaro, el despreciable don Isachar, el abominable inquisidor, la ejecución del doctor Pangloss, aquel gran Miserere cantado a coro mientras os azotaban y, especialmente, el beso que os había dado detrás del biombo, el día que os vi por última vez. Di gracias a Dios porque os volvía a traer a mi lado tras tantos obstáculos. Le encargué a la vieja que se ocupara de vos, y os trajera aquí en cuanto pudiera. Ha realizado mi encargo a la perfección; he experimentado el inefable placer de veros otra vez, de oíros, de hablar con vos. Pero debéis de tener un hambre devoradora; yo también, vayamos a cenar.

Se sientan los dos a la mesa; y, después de cenar, se recuestan en aquel hermoso canapé al que me he referido anteriormente; precisamente estaban en él cuando don Isachar, uno de los dueños de la casa, llegó. Era sábado. Venía a gozar de su derecho, y a declarar su tierno amor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO IX
QUÉ SUCEDE A CUNEGUNDA, A CÁNDIDO, AL GRAN INQUISIDOR Y A UN JUDÍO

Era Isachar el hebreo de peor genio que jamás haya existido en Israel desde el cautiverio en Babilonia.

—¿Cómo —exclamó—, perra cristiana, es que el señor inquisidor no es suficiente? ¿También tengo que compartirte con este canalla?

Mientras decía esto saca un largo puñal que llevaba siempre consigo, y como no pensaba que su rival tuviera armas, se lanza sobre Cándido, pero la vieja le había entregado a nuestro buen westfaliano, junto con el traje, una estupenda espada. La desenvaina, en contra de su carácter pacífico, y tumba al israelita, mortalmente tieso, a los pies de la bella Cunegunda.

—¡Virgen santísima! —exclamó ella—. ¿Qué será de nosotros? ¡Un hombre muerto en mi casa! Si viene la justicia, estamos perdidos.

—Si Pangloss no hubiera sido ahorcado —dijo Cándido—, nos aconsejaría cómo salir de este aprieto, porque era un gran filósofo, pero, como no está, vayamos a consultar a la vieja.

Era una vieja muy prudente, y empezaba a dar su parecer en el momento en que se abrió otra puertecilla. Era la una del día siguiente, el domingo, día del señor inquisidor, que entra y ve al azotado Cándido, con la espada en la mano, un muerto

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

tendido en el suelo, a Cunegunda horrorizada y a la vieja dando consejos.

Lo que Cándido sintió en aquel momento y lo que pasó por su cabeza fue esto:

"Si este buen hombre pide ayuda, me mandará quemar sin lugar a dudas y podrá hacer lo mismo con Cunegunda; ya mandó que me azotaran sin ningún atisbo de piedad; es mi rival; he matado ya a un hombre; no hay elección."

Este razonamiento fue claro y rápido; y, sin darle tiempo al inquisidor a que se repusiera de su sorpresa, le atraviesa el cuerpo y lo echa al lado del judío.

—¡Otro más! —dice Cunegunda—, ¡ya no tenemos remisión; estamos excomulgados, ya ha llegado nuestra última hora! ¿Cómo es posible que hayáis podido matar en dos segundos a un judío y a un eclesiástico, vos que tenéis un carácter tan tranquilo?

—Mi hermosa señorita —contestó Cándido—, uno cambia mucho cuando está enamorado, celoso, y tras haber sido azotado por la Inquisición.

La vieja intervino en aquel preciso momento, y dijo:

—Hay tres caballos andaluces en el establo, con las sillas y las riendas: que el valeroso Cándido los prepare; la señora tiene dinero y joyas, montemos rápidamente a caballo, aunque yo sólo pueda sentarme de medio lado, y vayamos a Cádiz; hace muy buen tiempo, y es una delicia viajar con la fresca de la noche.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Enseguida Cándido ensilla los tres caballos. Cunegunda, la vieja y él recorren treinta millas de un tirón. Mientras se alejaban, llega la Santa Hermandad a la casa, entierran al señor inquisidor en una magnífica iglesia en tanto que Isachar es arrojado a un basurero.

Cándido, Cunegunda y la vieja habían llegado ya a la pequeña ciudad de Avacena, en medio de las montañas de Sierra Morena; y hablaban así en una venta.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO X
POBREZA DE CÁNDIDO, CUNEGUNDA Y LA VIEJA BASTA LLEGAR A CÁDIZ, DONDE EMBARCAN

—¿Quién me ha podido robar mi dinero y mis joyas? —decía llorando Cunegunda—; ¿de qué vamos a vivir?, ¿cómo nos las vamos a apañar?, ¿dónde vamos a encontrar inquisidores y judíos que me regalen otras?

—¡Ay! —dijo la vieja—, seguramente aquel reverendo padre franciscano que se alojó ayer en la misma posada que nosotros en Badajoz, ¡Dios me libre de pensar mal!, pero entró por dos veces en nuestro cuarto, y partió mucho antes que nosotros.

—¡Ay! —dijo Cándido—, me demostraba el buen Pangloss que todos los bienes de la tierra son comunes a todos los hombres, y que todos tienen igual derecho sobre ellos, por lo tanto ese franciscano, según estos principios, debería habernos dejado algo para terminar el viaje. ¿Así que no nos queda absolutamente nada, mi bella Cunegunda?

—Ni un maravedí —dijo.

—¿Qué decidimos? —dijo Cándido. —Vendamos uno de los caballos —contestó la vieja—; montaré en la grupa detrás de la señorita, aunque sólo pueda sentarme de un lado, y llegaremos a Cádiz.

Un prior de benedictinos que se hospedaba allí mismo compró el caballo por poco dinero. Cándido, Cunegunda y la vieja pasaron por Lucena, por Chillas, por Lebrija, y llegaron por fin

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

a Cádiz. Aquí se estaba organizando una expedición, reuniendo tropas que hicieran entrar en razón a los reverendos padres jesuitas de Paraguay, a los que se les acusaba de haber incitado a la sublevación a una de sus hordas contra los reyes de España y Portugal, cerca de la ciudad del Santo Sacramento. Cándido, por haber servido ya a los búlgaros, ejecutó la instrucción búlgara ante el general de aquel pequeño ejército con tanto estilo, rapidez, destreza, elegancia y agilidad que le encargaron del mando de una compañía de infantería. Ya es capitán, embarca con la señorita Cunegunda, la vieja, dos criados y los dos caballos andaluces que habían pertenecido al inquisidor de Portugal.

Durante toda la travesía razonaron mucho sobre la filosofía del pobre Pangloss.

—Nos dirigimos a un mundo distinto —decía Cándido—; sin duda debe ser allí donde todo está bien. Porque debemos reconocer que en el nuestro existen muchas cosas, en lo físico y en lo moral, que nos pueden hacer llorar.

—Os amo con todo mi corazón —decía Cunegunda—; pero mi alma aún está horrorizada por todo cuanto he visto y sufrido.

—Todo irá bien —contestaba Cándido—; el mar de este nuevo mundo ya es mejor que los de nuestra Europa, es más tranquilo y los vientos más constantes. No cabe duda de que el nuevo mundo es el mejor de los mundos posibles.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Dios te oiga! —decía Cunegunda—; pero he sido tan espantosamente desgraciada en el mío que mi corazón casi no concibe ninguna esperanza.

—Os quejáis —les dice la vieja—; ¡ay!, sin embargo vuestras desdichas no son como las mías.

Cunegunda se echó a reír encontrando gracioso que aquella buena mujer pretendiera haber sido más desgraciada que ella.

—¡Ay!—le dijo—, amiga mía, a no ser que hayáis sido violada por dos búlgaros, que os hayan rajado el vientre dos veces, que os hayan derribado dos castillos, que hayan degollado ante vuestra presencia a dos madres y dos padres, y que hayáis visto a dos amantes vuestros azotados en un auto de fe, no veo en qué podáis aventajarme; y a eso debéis añadir que nací baronesa con setenta y dos linajes, y he trabajado de cocinera.

—Señorita —contestó la vieja—, desconocéis mi origen; y, si yo os enseñara mi culo, no hablaríais de esa manera ni seguiríais opinando.

Este comentario despertó una enorme curiosidad en el espíritu de Cunegunda y de Cándido. La vieja les habló en estos términos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XI
HISTORIA DE LA VIEJA

—No siempre he tenido los ojos congestionados e inyectados en sangre; ni siempre mi nariz ha estado junto a la barbilla ni he sido siempre criada. Soy hija del papa Urbano X y de la princesa de Palestrina. Hasta los catorce años fui educada en un palacio para el que ninguno de los castillos de vuestros barones alemanes hubiera valido ni tan siquiera de establo; y cualquiera de mis vestidos costaba más que todos los lujos de Westfalia. Yo iba creciendo en belleza, salero, talento, entre placeres, afectos y esperanzas. Ya empezaba a inspirar amor y mi pecho se estaba formando; ¡qué pecho! Blanco, firme, esculpido como el de la Venus de Médicis; y ¡qué ojos!, ¡qué pestañas!, ¡qué cejas más negras! Mis ojos titilaban de tal modo que eclipsaban el resplandor de las estrellas, como me decían los poetas del barrio. Las doncellas que me vestían y me desnudaban se quedaban extasiadas al contemplarme por delante y por detrás; y todos los hombres hubieran querido estar en su lugar.

Fui prometida con un príncipe soberano de Massa-Carrara. ¡Qué príncipe! Tan guapo como yo, y además tierno, afectuoso, inteligente y muy enamorado. Yo lo amaba como se ama la primera vez, con adoración, con pasión. Prepararon la boda. Fue una boda fastuosa, de un lujo extraordinaria; hubo fiestas, carruseles, óperas bufas sin parar; y toda Italia me compuso sonetos tan excelentes que no había ni uno mediocre. Se acercaba ya el momento de mi felicidad, cuando una vieja marquesa que había sido la amante de mi príncipe le invitó a su casa a

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

tomar chocolate. Murió en menos de dos horas entre horribles convulsiones. Pero eso no es nada. Mi madre, desesperada, aunque mucho menos que yo, quiso alejarse durante una temporada de un lugar tan funesto. Tenía una propiedad muy hermosa cerca de Gaeta. Embarcamos en una galera de la zona, dorada como un altar de San Pedro de Roma. Pero de repente un corsario marroquí nos aborda; nuestros soldados se defendieron como si fueran soldados del papa: tiraron las armas y se arrodillaron pidiéndole al corsario una absolución in *articulo mortis*.

«Inmediatamente los dejaron completamente desnudos como monos, y a mi madre y a nuestras damas de honor y también a mí. Es admirable la rapidez con la que estos señores desnudan a la gente. Pero lo que más me sorprendió es que nos metieron a todos el dedo por ese sitio por el que las mujeres sólo solemos dejar que nos metan lavativas. Aquella ceremonia me extrañó enormemente, porque, cuando uno no viaja fuera de Su país, considera todo muy raro. Enseguida me enteré de que estaban comprobando si habíamos escondido allí algún diamante: parece ser una costumbre establecida desde tiempos inmemoriales entre las naciones cultas que surcan los mares. Me han dicho que los caballeros de Malta nunca dejan de hacerlo cuando apresan a turcos y turcas; es una ley del derecho natural que nunca se ha derogado.

»No tengo palabras con las que expresar lo duro que resulta para una joven princesa ser llevada como esclava a Marruecos con su madre. Os podéis imaginar cuánto sufrimos en el barco pirata. Mi madre era bellísima todavía; incluso nuestras

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

doncellas y nuestras criadas tenían más encanto del que pueda haber en toda África. En cuanto a mí, era un encanto, una belleza, la mismísima gracia, y era virgen. Pronto dejé de serlo: aquella flor que había sido reservada para el príncipe de Massa—Carrara me fue arrebatada por el capitán corsario; era un negro detestable, que creía que me estaba haciendo un favor. En verdad que la señora princesa de Palestrina y yo debimos ser muy fuertes para resistir todo lo que resistimos hasta llegar a Marruecos. Pero, dejémoslo, son cosas tan frecuentes que no vale la pena hablar de ellas.

«Cuando llegamos a Marruecos, estaba ahogado en sangre. Cada uno de los cincuenta hijos del emperador Mulei-Ismäl tenía sus partidarios, lo que originaba en la realidad cincuenta guerras civiles, negros contra negros, negros contra mulatos, mulatos contra mulatos: aquello era una carnicería continua a lo largo de todo el imperio.

»En cuanto desembarcamos, unos negros de la facción enemiga a la de mi corsario se presentaron para robarle el botín. Tras los diamantes y el oro, nosotras éramos lo más valioso. Presencié una pelea como no se ven en Europa. Los pueblos del norte no tienen la sangre tan ardiente, ni se encelan de las mujeres como por lo general ocurre en África. Parece que los europeos tuvieran leche en las venas mientras que por las de los habitantes del monte Atlas y de los países vecinos corre fuego, ácido. Lucharon con la misma furia de los leones, los tigres y las serpientes del lugar, para decidir quién sería nuestro dueño. Un moro tiraba del brazo derecho de mi madre, el teniente de mi capitán tiraba del brazo izquierdo, un soldado moro la cogió

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

por una pierna, uno de nuestros piratas la retenía por la otra. En cuestión de unos segundos, casi todas nuestras criadas se encontraron tiradas así por cuatro soldados. Mi capitán me escondía detrás de él mientras empuñaba la cimitarra, matando a todo el que se ponía enfrente de él. Por último, vi a todas nuestras criadas, y a mi madre, desgarradas, despedazadas, degolladas por aquellos monstruos, que se las disputaban entre sí. Los cautivos, los piratas, los soldados, los marineros, los negros, los blancos, los mulatos, y mi capitán también, todos perecieron, y yo quedé moribunda sobre un montón de cadáveres. Aquellas escenas eran frecuentes, ya se sabe, en más de trescientas leguas a la redonda, sin que por ello se dejara de rezar las cinco oraciones diarias mandadas por Mahoma.

»Con dificultad logré salir de entre aquel enorme montón de cadáveres, ensangrentados, y fui a rastras hasta un gran naranjo a orillas de un cercano riachuelo, donde me desplomé vencida por el terror, por el cansancio, por el horror, por la desesperación y por el hambre. Enseguida, mis sentidos, que estaban muy debilitados, se entregaron a un sueño que era más desmayo que reposo. Me encontraba en ese estado de debilidad e insensibilidad, ese estado entre la vida y la muerte, cuando sentí que algo se movía encima de mí, oprimiendo mi cuerpo; abrí los ojos, y contemplé a un hombre blanco, de buen aspecto, que suspiraba y susurraba entre dientes: *O che sciagura d'essere senza c...!* ¡Qué desgracia no tener c...!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPITULO XII
CONTINÚAN LAS DESGRACIAS DE LA VIEJA

»Entre extrañada y encantada de oír la lengua de mi patria, y no menos sorprendida por las palabras de aquel hombre, le repliqué que había en el mundo mayores desgracias que aquélla de la que se quejaba. Le conté resumidamente los horrores que había sufrido y me desmayé de nuevo. Me trasladó hasta una casa cercana, hizo que me acostara, me dio de comer, me sirvió y me consoló, me dio ánimos, me dijo que no había visto ninguna belleza como la mía y que jamás antes había lamentado carecer de aquello que ya nadie podía devolverle. "Nací en Nápoles", me dijo, "en donde se suelen castrar dos o tres mil niños todos los años; unos mueren, otros adquieren una voz más modulada que la de las mujeres, otros llegan a gobernar estados. Á mí me operaron con gran éxito, y he sido músico de la capilla de la señora princesa de Palestrina." "¡De mi madre!", exclamé. "¡De vuestra madre!", exclamó él llorando. "¡Cómo! ¡Pero sois vos aquella princesita a quien yo crie hasta los seis años, y que prometía entonces ser tan bella como sois vos ahora!" "Yo soy ésa y mi madre se encuentra a cuatrocientos pasos de aquí, descuartizada bajo un montón de muertos..."

"Yo le conté todo lo que me había pasado, y él me contó también sus aventuras. Me dijo que una potencia cristiana le había enviado a la corte del rey de Marruecos para acordar con él un tratado en virtud del cual se le proporcionaría pólvora, cañones y barcos, con el fin de que acabara con el comercio de los otros países cristianos. "Yo he cumplido mi misión", dijo

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

aquel honrado eunuco; "ahora voy a embarcar a Ceuta, y os devolveré otra vez a Italia. *Ma che sciagura d'essere senza c...!* Se lo agradecí con lágrimas de ternura; pero no me condujo a Italia, sino a Argel, donde me vendió al príncipe de este país. Apenas fui vendida cuando se declaró con virulencia en Argel la peste que dio la vuelta a África, a Asia y a Europa.

—Vos habéis visto terremotos; mas, ¿habéis padecido alguna vez la peste?

—Nunca —contestó la baronesa.

—Si la hubieseis padecido —continuó la vieja—, confesaríais que es más potente que un terremoto. En África es muy frecuente; a mí me atacó. Figuraos qué situación para la hija de un papa, con quince años, y que en tres meses había experimentado la pobreza, la esclavitud, que casi todos los días era violada, que había visto cómo descuartizaban a su madre, que había sufrido hambre y había contemplado la guerra, y para colmo moría apestada en Argel. Sin embargo yo no me morí, mientras que mi eunuco, el príncipe y casi todo el harén de Argel perecieron.

»Una vez pasados los primeros estragos de aquella horrible peste, todos los esclavos del príncipe fueron vendidos. A mí me compró un mercader que me llevó a Túnez y me vendió a otro mercader que a su vez volvió a venderme en Trípoli; después fui vendida en Alejandría, en Esmirna y en Constantinopla. Al final pasé a pertenecer a un agá de jenízaros, comandante de la infantería turca, al que enseguida le encargaron la defensa de Azof contra los rusos, que le habían puesto asedio.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

»El agá, que era un hombre muy galante, se llevó consigo a todo el harén, y nos alojó en un pequeño fuerte sobre el mar, custodiado por dos eunucos negros y veinte soldados. Mataron a innumerables rusos, pero ellos se desquitaron con creces. Atacaron Azof a sangre y fuego, sin tener en cuenta ni sexo ni edad; sólo quedaba nuestro pequeño fuerte; los enemigos decidieron que el hambre nos rindiera. Los veinte jenízaros habían jurado no rendirse nunca. Cuando se vieron acuciados por el hambre, se comieron a nuestros dos eunucos, de miedo a incumplir su juramento. A los pocos días decidieron comerse también a las mujeres.

»Había allí un imán muy devoto y compasivo, que mediante un emotivo sermón les persuadió de que no nos mataran del todo. "Id cortando", dijo, "solamente una nalga a cada una de estas damas, es una carne exquisita; así, si hay que hacerlo de nuevo, conseguiréis otras tantas dentro de unos días; el cielo sabrá agradeceros una acción tan caritativa y os socorrerá."

»Era un hombre muy elocuente y les convenció. Nos hicieron aquella horrible operación. El imán nos aplicó el mismo bálsamo que se aplica a los niños recién circuncidados. Todas estuvimos a las puertas de la muerte.

»Apenas habían comido los jenízaros nuestras nalgas, llegaron los rusos en lanchas: ni un solo jenízaro logró escapar. Los rusos no se preocuparon en absoluto de nuestro estado. Sin embargo, como por todas partes hay cirujanos franceses, uno de ellos, muy habilidoso, se ocupó de nosotras, nos curó, y aún me acordaré toda mi vida de que, cuando mis llagas cicatrizaron

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

completamente, me hizo insinuaciones amorosas. Por lo demás nos aconsejó a todas que nos resignáramos, porque era ley de guerra, y nos aseguró que en otros asedios también habían ocurrido cosas parecidas.

»En cuanto mis compañeras pudieron caminar, las enviaron a Moscú. Yo le toqué en suerte a un noble eslavo que me hizo cuidar su jardín y que me daba veinte latigazos diarios; pero a los dos años, como este hombre fue condenado a la rueda junto con otros treinta nobles por alguna conspiración en la corte, aproveché la ocasión y me fugué: atravesé Rusia de cabo a rabo, durante mucho tiempo serví en un cabaret en Riga, luego en Rostock, en Vismar, en Leipsick, en Cassel, en Utrecht, en Leyden, en La Haya, en Rotterdam; he envejecido entre la miseria y el deshonor, sin una nalga y recordando en todo momento que era la hija de un papa; quise suicidarme montones de veces, pero a pesar de todo amaba la vida. Quizás sea esta absurda debilidad una de nuestras peores inclinaciones: porque ¿hay algo más estúpido que soportar un peso que en todo momento se quiere dejar en el suelo?, ¿odiar la existencia y al mismo tiempo aferrarse a ella?, y en fin, ¿acariciar la serpiente que nos devora hasta que nos haya comido el corazón?

»En los países a los que me ha llevado el azar y en las bodegas en las que he servido, he conocido a muchísimas personas que aborrecían su existencia; pero sólo he visto a doce que acabaran voluntariamente con su miseria: tres negros, cuatro ingleses, cuatro genoveses y un profesor alemán llamado Robeck. Acabé siendo criada en casa del judío don Isachar, que me puso a

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

vuestro cuidado, mi bella señorita; he unido mi destino al vuestro, me he preocupado más de vuestra suerte que de la mía. Jamás os habría contado mis desgracias si no llega a ser porque vos me habéis empujado a ello, y porque, en un barco, suele ser costumbre contar historias para matar el aburrimiento. En fin, señorita, tengo experiencia, conozco el mundo, concedeos un placer, invitad a cada pasajero a que os cuente su vida, y, si encontráis uno solo que no la haya maldecido a menudo y que no se haya creído el más desgraciado de los hombres, arrojadme de cabeza al mar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XIII
OBLIGAN A CÁNDIDO A SEPARARSE DE LA BELLA CUNEGUNDA Y DE LA VIEJA

Después de escuchar la historia de la vieja, Cunegunda la cumplimentó como la persona de su rango y mérito se merecía. Aceptó la sugerencia y propuso a todos los pasajeros, uno tras otro, que contaran sus aventuras. Tanto Cándido como ella tuvieron que admitir que la vieja tenía razón.

—Es una lástima —decía Cándido— que el sabio Pangloss fuera ahorcado en un auto de fe, en contra de la costumbre, porque nos diría cosas admirables sobre el mal físico y sobre el mal moral que existen en el mundo, y yo me sentiría con la suficiente fuerza como para atreverme a hacerle algunas objeciones con todos mis respetos.

El barco avanzaba su camino mientras cada uno contaba su historia. Atracaron en Buenos Aires. Cunegunda, el capitán Cándido y la vieja fueron a casa del gobernador don Fernando de Ibarra y Figueroa y Mascarenes y Lampourdos y Souza. Este señor poseía una arrogancia acorde con tantos apellidos. Se dirigía a la gente con un desdén de lo más encopetado, levantando desmesuradamente la nariz, alzando tan despiadadamente la voz, en un tono tan engolado, afectando un andar tan altivo, que a todos los que le saludaban les entraban las ganas de pegarle. Le gustaban las mujeres con locura. Cunegunda le pareció lo más bello que jamás había contemplado. Lo primero que hizo fue preguntar si era la mujer

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

del capitán. El tono de la pregunta alarmó a Cándido, pero no se atrevió a afirmar que era su mujer, porque realmente no lo era; ni se atrevió a decir que era su hermana, porque tampoco lo era; y aunque entre los antiguos era costumbre esa mentira e incluso pudiera ser de utilidad a los modernos, su conciencia era demasiado pura para mentir.

—La señorita Cunegunda —dijo—, debe hacerme el honor de casarse conmigo y suplicamos a Vuestra Excelencia se digne autorizar nuestra boda.

Don Fernando de Ibarra y Figueroa y Mascarenes y Lampourdos y Souza sonrió con amargura mientras se atusaba el bigote, y mandó al capitán Cándido que pasara revista a su compañía. Cándido obedeció y el gobernador permaneció con la señorita Cunegunda. Le declaró su pasión prometiéndole solemnemente que al día siguiente se casaría con ella ante el altar o de cualquier otra forma, como ella quisiera. Cunegunda le pidió un cuarto de hora para reflexionar, para consultar a la vieja y para decidirse.

La vieja dijo a Cunegunda:

—Señorita, tenéis setenta y dos linajes, pero ni un solo céntimo; únicamente vos podéis decidir ser la mujer del señor más importante de América meridional, que tiene un hermoso bigote. ¿Vais a presumir ahora de una fidelidad inquebrantable? Habéis sido violada por los búlgaros; un judío y un inquisidor han obtenido vuestros favores: las desgracias otorgan derechos. Si yo estuviera en vuestro lugar, no haría ascos a casarme con el

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

señor gobernador, y al mismo tiempo conseguir la fortuna del señor capitán Cándido.

Mientras la vieja hablaba con toda la sabiduría propia de la edad y la experiencia, se vio entrar en el puerto un barquito que transportaba a un alcalde y varios alguaciles. Veamos qué había ocurrido.

La vieja había sospechado certeramente que aquel franciscano de mangas anchas era quien había robado el dinero y las joyas de Cunegunda en la ciudad de Badajoz, cuando huía a toda prisa con Cándido. Este monje intentó vender algunas de las piedras preciosas a un joyero. Éste reconoció que pertenecían al gran inquisidor. El franciscano, antes de ser colgado, confesó que las había robado e indicó a qué personas y la ruta que habían tomado. Se supo entonces que Cunegunda y Cándido habían huido. Los siguieron hasta Cádiz: sin pérdida de tiempo zarpó un barco tras ellos. El barco había llegado ya al puerto de Buenos Aires. Se corrió el rumor de que un alcalde iba a desembarcar, y de que iba persiguiendo a los asesinos del señor inquisidor. Al punto, la astuta vieja vio lo que era conveniente hacer:

—Vos no debéis huir —le dijo a Cunegunda—, porque no tenéis nada que temer; no sois vos quien ha matado al señor inquisidor, y por otra parte el gobernador, que os ama, no consentirá que seáis maltratada; quedaos.

Enseguida va a buscar a Cándido:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Huid —le dice—, o dentro de una hora seréis quemado en la hoguera.

No había tiempo que perder; pero ¿cómo separarse de Cunegunda y dónde refugiarse?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XIV
CÁNDIDO Y CACAMBO SON RECOGIDOS POR LOS JESUITAS DEL PARAGUAY

Cándido había traído consigo desde Cádiz a un criado como los que suele haber en las costas de España y en las colonias. Tenía un cuarto de español, nacido de un mestizo en Tucumán; había sido monaguillo, sacristán, marinero, fraile, representante, soldado, criado. Se llamaba Cacambo y adoraba a su amo, porque su amo era un buen hombre. Ensilló precipitadamente los dos caballos andaluces.

—Vamos, amo, sigamos el consejo de la vieja y vayámonos corriendo sin tan siquiera despedirnos.

Cándido empezó a llorar:

—¡Oh, mi querida Cunegunda! Os tengo que abandonar justo en el momento en que el gobernador iba a celebrar nuestra boda. ¿Qué será de vos, Cunegunda, en una tierra tan lejana de la vuestra?

—Será lo que ella quiera y pueda —comentó Cacambo—; las mujeres se las arreglan solas; Dios les ayuda; démonos prisa nosotros.

—¿Adónde me llevas? ¿Adónde vamos? ¿Qué haremos sin Cunegunda? —decía Cándido.

—Por Santiago de Compostela —dijo Cacambo—, ¿no ibais a guerrear contra los jesuitas? Pues vayamos ahora a luchar con ellos: conozco bastante bien el camino, os guiaré hasta su reino,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

les alegrara tener un capitán que sepa la instrucción al estilo búlgaro, conseguiréis una fortuna extraordinaria: cuando uno no tiene sitio en un lugar, lo halla en otro. Ver y hacer cosas nuevas produce un gran placer.

—¡Por lo visto tú has estado anteriormente en Paraguay! —dice Cándido.

—¡Claro que sí! —contestó Cacambo—; trabajé de criado en el colegio de la Asunción y me conozco el territorio de los Padres como las calles de Cádiz. Aquel territorio es algo admirable. Tiene una extensión de más de trescientas leguas de diámetro y está dividido en treinta provincias. Los Padres son dueños de todo y la gente no posee nada; es la obra maestra de la razón y la justicia. Yo no encuentro nada tan extraordinario como los Padres, que aquí luchan contra el rey de España y el de Portugal, y que allí, en Europa, confiesan a esos mismos reyes; que aquí matan a españoles, y que en Madrid los envían al cielo: es algo portentoso; vayamos hacia allá: vais a ser el más feliz de todos los hombres. ¡Cuánto se van a alegrar los Padres cuando sepan que les llega un capitán que domina la instrucción búlgara!

Nada más llegar al primer puesto defensivo, Cacambo le dijo al centinela que un capitán solicitaba audiencia al señor comandante. Avisaron a la guardia mayor. Un oficial paraguayo corrió hasta donde estaba el comandante para comunicarle la noticia. Primero los desarmaron y luego se apoderaron de sus dos caballos andaluces. A continuación conducen a los dos extranjeros por entre dos filas de soldados al

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

final de las cuales se encontraba el comandante tocado con el bonete, con la sotana remangada, la espada ladeada y un espontón en la mano. A una señal suya veinticuatro soldados rodean al instante a los dos recién llegados. Un sargento les comunica que tienen que esperar, que el comandante no puede hablar con ellos, ya que el reverendo padre provincial sólo autoriza a los españoles a hablar en su presencia y a permanecer en el país no más de tres horas.

—¿Y dónde está el reverendo padre provincial? —preguntó Cacambo.

—Después de decir misa se marchó al desfile —contestó el sargento— y hasta dentro de tres horas no podréis besar sus espuelas.

—Pero —dijo Cacambo— el señor capitán, que se está muriendo de hambre al igual que yo, no es español sino alemán; ¿no podríamos comer algo mientras esperamos a su Reverencia?

De inmediato el sargento fue a trasladar la conversación al comandante.

—¡Alabado sea Dios! —dijo este señor—. Como alemán, puedo hablar con él; que lo lleven a mi terraza.

Enseguida llevan a Cándido a una pérgola, adornada con una majestuosa columnata de mármol verde y oro, y jaulas con loros, colibríes, pájaros-mosca, pintadas y otras exóticas aves. Estaba dispuesto allí un excelente desayuno en vajilla de oro; y mientras los paraguayos comían maíz en cuencos de madera,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

en medio del campo y a pleno sol, el reverendo padre comandante entró en la terraza.

Era un joven muy atractivo, de cara rolliza, bastante blanco pero de rostro encendido, las cejas arqueadas, vivos los ojos, la oreja encarnada y los labios colorados, de aspecto arrogante, pero de una arrogancia que no era ni la de un español ni la de un jesuita. Cándido y Cacambo recuperaron las armas que les habían quitado, así como los dos caballos andaluces a los que Cacambo echó de comer avena no lejos de la terraza, sin perderlos de vista por miedo a cualquier imprevisto.

Lo primero que hizo Cándido fue besar la estola del comandante, luego se sentaron a la mesa.

—¿Así que sois alemán? —le preguntó el jesuita en ese idioma.

—Sí, reverendo padre —contestó Cándido. Mientras pronunciaban estas palabras, ambos se observaban con una enorme sorpresa y con una emoción imposible de contener.

—¿Y de qué parte de Alemania sois? —dijo el jesuita.

—De la sucia provincia de Westfalia —dijo Cándido—; nací en el castillo de Thunder-tentronckh.

—¡Oh Dios mío!, ¿es esto cierto? —exclamó el comandante.

—¡Es un milagro! —exclamó Cándido.

—Pero, ¿sois vos? —dice el comandante.

—No es posible —dice Cándido. Comienzan a dar saltos de alegría y se abrazan llorando.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Cómo! ¡No puede ser posible, reverendo padre! ¡Vos, el hermano de la bella Cunegunda!
¡Vos, a quien los búlgaros mataron! ¡Vos, el hijo del señor barón! ¡Vos, jesuita en Paraguay! Desde luego, ¡qué cosas más extrañas pasan en el mundo! ¡Oh, Pangloss! ¡Pangloss! ¡Qué feliz seríais si no os hubiesen colgado!

El comandante despachó a los esclavos negros y a los paraguayos que estaban sirviendo la bebida en copas de cristal de roca. Daba una y mil veces gracias a Dios y a San Ignacio; abrazaba a Cándido; lloraban los dos a mares.

—Estaríais más sorprendido, emocionado y trastornado —dijo Cándido—, si supierais que vuestra hermana, la señorita Cunegunda, a la que vos creéis reventada, está rebosante de salud.

—¿Dónde?

—Por aquí cerca, en casa del señor gobernador de Buenos Aires; y yo venía para luchar contra vos.

A cada nueva palabra de su larga conversación, la sorpresa iba en aumento. Su alma entera se manifestaba en su lengua, en sus oídos y en el brillo de sus ojos. Como eran alemanes, permanecieron mucho tiempo de sobremesa, esperando al reverendo padre provincial; y el comandante habló así a su querido Cándido.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XV
CÁNDIDO MATA AL HERMANO DE SU QUERIDA CUNEGUNDA

—Siempre retendré en mi memoria el horrible día en que vi cómo asesinaban a mi padre y a mi madre y violaban a mi hermana. Cuando los búlgaros se hubieron retirado, no se encontró por ninguna parte a mi adorable hermana, y nos metieron a mi madre, a mi padre y a mí, a dos criados y a tres niños degollados sobre una carreta en la que nos llevaban a enterrar a una capilla de los jesuitas, a dos leguas del castillo de mis padres. Un jesuita nos bendijo con agua bendita que estaba horriblemente salada; algunas gotas me cayeron dentro de los ojos: el padre observó que movía ligeramente los párpados y me puso la mano en el corazón, y vio que latía; me socorrieron, y a las tres semanas estaba completamente restablecido.

»Sabéis, mi querido Cándido, que yo era muy atractivo y aún me volví mucho más; entonces el reverendo padre Croust, superior de la casa, me tomó mucho cariño y me concedió el hábito de novicio; poco tiempo después fui enviado a Roma. El padre general necesitaba reclutar a jóvenes jesuitas alemanes, ya que los soberanos del Paraguay reciben al menor número posible de jesuitas españoles; prefieren a los extranjeros, pues les dan mayor seguridad. El reverendo padre general consideró que yo era persona idónea para venir a trabajar en esta viña del señor. Partimos un polaco, un tirolés y yo. A mi llegada me distinguieron con el subdiaconado y con el grado de teniente; hoy ya soy coronel y sacerdote. Luchamos denodadamente

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

contra las tropas del rey de España; os aseguro que serán excomulgadas y vencidas. La Providencia os envía aquí para ayudarnos. ¿Pero de verdad que mi querida hermana está aquí cerca, en casa del gobernador de Buenos Aires?

Cuando Cándido le juró que todo eso era completamente cierto, de nuevo se puso a llorar desconsoladamente.

El barón abrazaba una y otra vez a Cándido; le llamaba hermano mío, mi libertador y le decía:

—¡Ay! Querido Cándido, quizás podamos entrar victoriosos en la ciudad y rescatar a mi hermana Cunegunda.

—Eso es lo que más deseo —dijo Cándido porque, porque yo esperaba casarme con ella y todavía lo espero.

—¡Vos, qué insolencia! —contestó el barón—. ¡Os atreveríais a casaros con mi hermana, que tiene setenta y dos linajes! ¡Sois muy audaz al hablarme de una propuesta tan descabellada!

Cándido, petrificado por tal respuesta, le contestó:

—Reverendo padre, todos los linajes del mundo no valen nada; he salvado a vuestra hermana de las garras de un judío y de un inquisidor; me debe un gran favor y quiere casarse conmigo. El maestro Pangloss siempre afirmaba que todos los hombres son iguales; y tened la seguridad de que me casaré con ella.

—¡Eso está por ver, canalla —dijo el jesuita barón de Thunder-ten-tronckh, mientras le daba un golpetazo en la cara con la hoja de la espada. Al instante Cándido desenvaina la suya y la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

mete hasta el puño en el vientre del barón jesuita; pero, al retirarla todavía caliente, se echó a llorar:

—¡Qué desgracia, Dios mío! —dice—. Acabo de matar a mi antiguo amo, a mi amigo, a mi cuñado; yo, que soy el mejor hombre del mundo, llevo ya matados tres hombres y dos de ellos sacerdotes.

Enseguida acudió Cacambo, que estaba haciendo la guardia en la entrada de la terraza.

—Ya no nos queda más que defender nuestras vidas —le dijo su amo—; seguramente vendrán aquí; hay que morir blandiendo las armas.

Cacambo, que ya se las había visto en otras peores, no perdió la cabeza; cogió la sotana que llevaba puesta el barón jesuita y se la puso a Cándido, le dio también el bonete del muerto y le hizo subir al caballo. Todo en un abrir y cerrar de ojos.

—Galopemos, amo; todos pensarán que sois un jesuita que va encargado de una misión y antes de que puedan perseguirnos ya habremos atravesado la frontera.

Iba volando al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras y gritaba en español:

—¡Dejen paso, dejen paso al reverendo padre coronel!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPITULO XVI
AVENTURAS DE LOS DOS VIAJEROS CON DOS MUCHACHAS, DOS MONOS Y CON UNOS SALVAJES APODADOS OREJUDOS

Cándido y su criado ya habían atravesado las líneas defensivas y en el campamento aún nadie había descubierto la muerte del jesuita alemán. Cacambo, que era muy previsor, había llenado el zurrón de pan, chocolate, jamón, fruta y algunos cántaros de vino. Se internaron con sus caballos andaluces en una tierra desconocida, en la que no encontraron ningún camino. Por fin apareció ante ellos una espléndida pradera surcada de arroyos. Nuestros viajeros dejan pastar a las cabalgaduras, y mientras Cacambo propone a su amo comer, comienza él mismo:

—¿Cómo quieres —decía Cándido— que coma jamón, cuando he matado al hijo del señor barón, y cuando estoy condenando a no ver ya en toda mi vida a la bella Cunegunda? ¿Para qué quiero alargar mis miserables días si debo vivirlos sin ella entre los remordimientos y la desesperación? ¿Y cuáles serán los comentarios del periódico de los jesuitas de Trévoux?

Mientras hablaba, no paraba de comer. Anochecía ya cuando los dos descaminados oyeron unos gritos agudos que parecían propios de mujeres. No distinguían bien si eran gritos de dolor o de alegría; pero se pusieron en pie precipitadamente con esa especie de inquietud y de alarma que en un lugar desconocido provoca cualquier cosa. Aquellos gritos provenían de dos muchachas completamente desnudas, que corrían

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

apresuradamente por un extremo de la pradera, mientras dos monos las perseguían mordiéndoles las nalgas. Cándido se apiadó y, como los búlgaros le habían enseñado a disparar, hubiera acertado a una avellana en el matorral sin tocar las hojas. Coge su fusil, tira y mata a los dos monos.

—¡Dios sea alabado, mi querido Cacambo! Acabo de salvar de un gran peligro a esas dos infelices criaturas: si pequé por matar a un inquisidor y a un jesuita, lo acabo de enmendar con largueza salvando la vida de estas dos muchachas. Quizás sean dos señoritas de noble posición, y esta aventura nos pueda ser de utilidad en el país.

Iba a seguir hablando, pero se quedó mudo al contemplar cómo aquellas muchachas abrazaban con ternura a los dos monos, lloraban amargamente sobre sus cuerpos y chillaban con auténtico dolor.

—Me sorprende tanta bondad —le dijo al fin a Cacambo; el cual le replicó:

—¡Buena la habéis hecho, mi amo! ¡Habéis matado a los dos amantes de estas señoritas!

—¿Sus amantes? ¿Pero es posible? Me estáis tomando el pelo, Cacambo; ¿cómo va a ser verdad?

—Querido amo —contestó Cacambo—, siempre os asombráis por todo; ¿por qué os parece tan raro que en ciertos países haya monos a los que las damas conceden sus gracias? Son medio hombres, como yo soy medio español.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Lástima! —continuó Cándido—, recuerdo haber oído decir a mi maestro Pangloss que en otros tiempos ocurrían tales accidentes y que estas mezclas habían originado egipanes, faunos y sátiros; que algunos personajes importantes de la antigüedad los habían visto; pero yo creía que eran fábulas.

—Pues ahora debéis estar seguro de que es verdad—dice Cacambo—, ya habéis podido ver el comportamiento de las personas salvajes; lo que temo ahora es que a estas damas se les ocurra hacemos alguna faena.

Estos comentarios tan contundentes incitaron a Cándido a alejarse de la pradera, y a adentrarse en un bosque. Allí cenaron ambos y, tras haber maldecido al inquisidor de Portugal, al gobernador de Buenos Aires y al barón, se durmieron sobre la hierba. Cuando despertaron, vieron que no podían moverse debido a que, durante la noche, los orejudos, habitantes del país, a quienes las dos damas los habían denunciado, los habían atado con cuerdas hechas con corteza de árbol. Les rodeaban unos cincuenta salvajes completamente desnudos, armados con flechas, mazos y hachas de piedra: unos ponían a hervir una gran caldera, otros preparaban los asadores y todos gritaban:

—¡Es un jesuita! ¡Es un jesuita! ¡Nos vengaremos y comeremos opíparamente; comamos jesuita, comamos jesuita!

—Ya os lo había advertido yo, querido amo —exclamó con tristeza Cacambo—, que esas dos muchachas nos iban a hacer una mala jugada.

Cándido exclamó al ver la caldera y los asadores:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Con toda seguridad nos van a asar o a hervir. ¡Ah ¿Qué diría ahora mi maestro Pangloss si viera de qué está hecha la verdadera naturaleza? Todo está bien; lo admito, pero confieso que es una crueldad perder a la señorita Cunegunda y ser asado por unos orejudos.

Pero Cacambo nunca perdía la cabeza.

—No debemos perder la esperanza —le dijo al compungido Cándido—; comprendo un poco la jerga de esta gente, voy a hablarles.

—Procurad convencerles —dijo Cándido—de que cocer a los hombres es un acto espantosamente inhumano y muy poco cristiano.

—Señores —dijo Cacambo—, ¿así que quieren comerse hoy a un jesuita? Eso está muy bien; no hay nada más justo que tratar así a los enemigos. Efectivamente, el derecho natural nos enseña a matar al prójimo, y así es como se hace en todo el mundo. Si nosotros no hacemos uso del derecho a comerlo, será porque podemos comer muy bien otras cosas; pero ustedes no disponen de los mismos recursos que nosotros y desde luego es preferible comerse a los enemigos que ofrecer a los cuervos y cornejas el fruto de la victoria. Pero, señores, ustedes no pretenderán comerse a sus amigos. Ustedes piensan que van a asar a un jesuita, y resulta que van a asar a su defensor, al enemigo de sus enemigos. Por lo que a mí respecta, yo nací aquí, en su país; este señor que veis es mi amo, y no sólo no es jesuita sino que acaba de matar a un jesuita, va vestido con sus ropas; ésta es la causa de vuestra repulsa. Si quieren comprobar

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

lo que les estoy diciendo, cojan su sotana, llévenla a la frontera del reino de los padres y averigüen si mi amo ha matado a un oficial jesuita. En poco tiempo estarán de vuelta y, si descubren que les he mentido, todavía podrán comernos, pero, si les he dicho la verdad, conocen muy bien los principios del derecho público, las costumbres y las leyes como para no concedernos el perdón.

Los orejudos encontraron este discurso muy razonable; nombraron a dos notables para que fueran rápidamente a informarse de la verdad; los dos enviados actuaron con inteligencia y regresaron enseguida con buenas noticias. Los orejudos liberaron a los dos prisioneros, les trataron con todo esmero, les presentaron muchachas, les ofrecieron refrescos y los condujeron hasta la frontera de su país, gritando con alborozo:

—¡No es jesuita! ¡No es jesuita!

Cándido no se cansaba en absoluto de admirar el motivo de su liberación:

—¡Qué pueblo! —decía—, ¡qué gente!, ¡qué costumbres! Si no llego a tener la suerte de darle una buena estocada al hermano de la señorita Cunegunda, hubiera sido comido sin remedio. Pero, pensándolo bien, la verdadera naturaleza es buena, puesto que estas gentes, en lugar de comerme, han sido muy corteses al enterarse de que no era jesuita.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XVII
CÁNDIDO Y SU CRIADO LLEGAN AL PAÍS DE EL DORADO

Cuando llegaron a la frontera de los orejudos, le dice Cacambo a Cándido:

—Habéis podido comprobar que este hemisferio no es mucho mejor que el otro; creedme, regresemos a Europa por la ruta más corta.

—¿Cómo vamos a volver allí? —dice Cándido—; y ¿adónde vamos a ir? Si regreso a mi país, los búlgaros y los ábaros degüellan todo lo que se les pone por delante; si vuelvo a Portugal, me espera la hoguera; si permanecemos aquí, nos arriesgamos a ser asados en cualquier momento. Pero, ¿cómo voy a dejar la parte del mundo en la que habita la señorita Cunegunda?

—Podemos dirigirnos hacia Cayena —dice Cacambo—, allí encontraremos franceses, que viajan por todo el mundo y podrán ayudamos. Y quizás Dios se apiade de nosotros.

No era fácil ir a Cayena; conocían aproximadamente el rumbo que debían tomar; pero por todas partes existían terribles obstáculos: montañas, ríos, precipicios, bandidos, salvajes. Los caballos murieron agotados; se acabaron las provisiones; durante un mes se alimentaron solamente de frutas silvestres y por fin llegaron junto a un arroyo rodeado de cocoteros, que mantuvieron sus vidas y sus esperanzas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cacambo, que aconsejaba siempre tan bien como la vieja, le dijo a Cándido:

—Ya no podemos más, hemos andado mucho; hay una canoa vacía en la orilla, llenémosla de cocos, montemos en ella y dejémonos arrastrar por la corriente; un río siempre conduce hasta algún lugar habitado. Si no encontramos cosas agradables, al menos encontraremos cosas nuevas.

—Vámonos —dice Cándido—, que la Providencia nos ampare.

A lo largo de varias leguas viajaron entre riberas, unas con flores, otras áridas; unas llanas, otras escarpadas. El río iba ensanchándose para perderse finalmente bajo una bóveda de impresionantes rocas que subían hasta el cielo. Los dos atrevidos viajeros se dejaron llevar por la corriente bajo aquella bóveda. El río, que se estrechaba en aquel lugar, los arrastró con una velocidad y un estruendo horrorosos. Al cabo de veinticuatro horas vieron de nuevo la luz, pero la canoa se había roto contra los escollos; durante una legua tuvieron que arrastrarse de roca en roca; por fin divisaron un inmenso horizonte rodeado de montañas inaccesibles. En aquel país tenían cabida tanto la belleza como la utilidad; en todas partes lo útil era agradable. Los caminos estaban cubiertos o, mejor dicho, adornados con carruajes de una forma y de un material brillante, que transportaban a hombres y mujeres de una belleza espectacular, tirados a gran velocidad por unos grandes carneros rojos, que eran mucho más rápidos que los más hermosos caballos de Andalucía, de Tetuán o de Mequínez.

—Este país —dijo Cándido— es mejor que Westfalia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Descendieron a tierra en el primer pueblo que encontraron. Algunos niños con vestidos con brocados de oro hechos jirones jugaban al tejo a la entrada del pueblo; nuestros dos hombres del otro mundo se divertían mirándolos: los tejos eran unas grandes piezas redondas, amarillas, rojas, verdes, que despedían unos destellos muy particulares. Los viajeros tuvieron ganas de coger algunos; era oro, esmeraldas y rubíes, el menor de los cuales hubiera sido el mayor adorno del trono del Mogol.

—Seguramente —dijo Cacambo—, estos niños son los hijos del rey de este país, jugando al tejo.

En ese mismo momento apareció el maestro y les hizo entrar en la escuela.

—Éste debe de ser —dijo Cándido —el preceptor de la familia real.

Los pobrecillos niños pararon al instante de jugar, dejando por el suelo los tejos y todo aquello con lo que habían jugado. Cándido los recoge, corre en busca del preceptor y se los devuelve con humildad, comunicándole por señas que sus altezas reales habían olvidado el oro y las piedras preciosas. El maestro del pueblo, con una gran sonrisa, los arrojó al suelo, miró un momento el rostro de Cándido con aire de sorpresa y siguió su marcha.

Los viajeros no dejaron de recoger el oro, los rubíes y las esmeraldas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Dónde estamos? —exclamó Cándido—. El desprecio por el oro y las piedras preciosas indican la buena educación de los hijos de los reyes de este país.

Cacambo estaba tan sorprendido como Cándido. Luego se aproximaron a la primera casa del pueblo; estaba construida como un palacio europeo. Un enorme gentío se amontonaba en la puerta, y aún había más dentro; se escuchaba una música muy agradable, y se olía un delicioso olor a cocina. Cacambo se acercó a la puerta, y oyó que hablaban peruano; era su lengua materna; porque todo el mundo sabe ya que Cacambo había nacido en Tucumán, en un pueblecito en el que sólo se hablaba aquella lengua.

—Yo haré de intérprete —le dijo a Cándido—; entremos, es una fonda.

Al instante dos camareros y dos camareras de la fonda, con vestidos dorados y el pelo adornado con cintas, les invitaron a sentarse en la mesa del dueño. Se sirvieron cuatro potajes, cada uno de ellos con una guarnición formada por dos loros, un cóndor cocido que pesaba doscientas libras, dos suculentos monos asados, trescientos colibríes en una gran fuente y seiscientos pájaros-mosca en otra; guisos de carne exquisitos, deliciosos postres; presentado todo en fuentes como de cristal de roca. Los camareros y las camareras servían diferentes licores elaborados con caña de azúcar.

La mayor parte de los convidados eran mercaderes y arrieros, todos de una amabilidad exquisita; preguntaron a Cacambo algunas cuestiones con prudencia y discreción, y contestaron a

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

las suyas satisfactoriamente. Cuando terminó la comida, Cacambo y Cándido pensaron que debían pagar su parte y echaron sobre la mesa del dueño dos de aquellas piezas de oro que habían recogido del suelo; el dueño y la dueña empezaron a reír a carcajadas, muriéndose de risa durante largo rato. Al fin lograron calmarse.

—Señores —les dijo el dueño—, ya vemos que son ustedes extranjeros y no tenemos costumbre de verlos. Perdonadnos por habernos reído cuando han pretendido pagar con las piedras de nuestros caminos. Seguro que no poseen moneda del país, pero para comer aquí no se necesita. El gobierno financia todas las fondas construidas para facilitar el comercio. Aquí no habrán comido muy bien, porque es un pobre pueblo; pero dondequiera que vayan serán recibidos como se merecen.

Cacambo le traducía a Cándido todas las explicaciones del dueño, y Cándido las escuchaba con la misma extrañeza y asombro con que su amigo Cacambo se las contaba.

—¿Qué país es éste —se decían uno a otro—, desconocido para el resto del mundo y donde la naturaleza es tan distinta a la nuestra? Debe ser el país donde todo es perfecto, porque es absolutamente necesario que exista uno así. Y, a pesar de que lo decía el maestro Pangloss, a menudo yo notaba que las cosas iban mal en Westfalia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XVIII
EL PAÍS DE ELDORADO

Cacambo explicó al dueño de la fonda la curiosidad que sentían y él le contestó:

—Yo soy un hombre muy ignorante y me acepto como soy; pero vive aquí un anciano, retirado de la corte, que es el hombre más sabio del reino y muy parlanchín.

Inmediatamente acompañó a Cacambo a casa del anciano. Cándido representaba ahora un papel secundario de acompañante de su criado. Entraron en una casa muy humilde, la puerta era solamente de plata y las paredes estaban revestidas sólo de oro, si bien con adornos de tanta finura que no desmerecían de los más opulentos. La antecámara en realidad sólo tenía incrustados rubíes y esmeraldas, pero las figuras ornamentales que formaban compensaban con creces la extrema sencillez.

El anciano recibió a los dos extranjeros en un sofá acolchado con plumas de colibrí, y les sirvió licores en vasos de diamantes; tras lo cual satisfizo su curiosidad de la siguiente manera:

—Tengo ciento setenta y dos años, y mi difunto padre, que había sido escudero del rey, me habló de las sorprendentes revoluciones del Perú, de las cuales él había sido testigo. Este reino en el que nos encontramos es la antigua patria de los Incas, de la que de manera imprudente salieron con la intención

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

de dominar a otra parte del mundo y que finalmente fueron destruidos por los españoles. Los príncipes de la familia que permanecieron en el país natal fueron más prudentes, con el beneplácito de toda la nación, dispusieron que ningún habitante saliera nunca más de nuestro pequeño reino; por eso hemos podido conservar nuestra inocencia y nuestra felicidad. Los españoles han tenido una idea errónea de este país al que han llamado Eldorado, y hasta un inglés, llamado el caballero Raleigh, vino aquí hace unos cien años; pero como el acceso es a través de rocas escarpadas y de precipicios, hasta ahora hemos estado al abrigo de la codicia de las naciones de Europa, que tienen un insaciable deseo por las piedras y el barro de nuestra tierra, y que, con tal de obtenerlos, no dudarían en acabar con todos nosotros.

La conversación fue larga; discurrió sobre la forma de su gobierno, las costumbres, las mujeres, los espectáculos públicos y las artes. Al final, Cándido, que siempre se había sentido atraído por la metafísica, mandó a Cacambo que preguntara si en aquella tierra profesaban alguna religión.

El anciano enrojeció un poco.

—¡Naturalmente! —dijo—. ¿Cómo pueden dudarlo? ¿Nos creen tan ingratos?

Cacambo preguntó con humildad cuál era la religión de Eldorado. El anciano se sonrojó de nuevo:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Es que pueden existir dos religiones? —dijo—. Pienso que tenemos la misma religión de todo el mundo; adoramos a Dios por la noche y por el día.

—¿Adoran a un único Dios? —dijo Cacambo, que seguía siendo el intérprete de las dudas de Cándido.

—Es evidente —dijo el anciano— que no puede haber dos, ni tres, ni cuatro. Les confieso que la gente de su mundo pregunta cosas muy extrañas.

Cándido, que no se cansaba de preguntar a aquel buen anciano, quiso saber cómo se rezaba a Dios en Eldorado.

—Nosotros no rezamos —contestó el bueno y respetable sabio—; no le pedimos nada, porque nos da todo lo que necesitamos; sólo le damos continuamente las gracias.

Cándido sintió curiosidad por conocer a los sacerdotes y mandó preguntar a Cacambo dónde estaban. El buen anciano sonrió.

—Amigos míos —dijo—, aquí todos somos sacerdotes; el rey y todos los cabezas de familia entonan solemnemente cánticos en acción de gracias todas las mañanas, acompañados de cinco o seis mil músicos.

—¡Cómo! ¿No tienen frailes que enseñen, debatan, gobiernen, que organicen intrigas y manden a la hoguera a los que no piensan como ellos?

—Estaríamos locos —dijo el anciano—; aquí todos tenemos la misma opinión y no entendemos qué quieren decir con esa historia de los frailes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cándido estaba extasiado ante aquellas palabras y se decía a sí mismo:

"¿Esto sí que es distinto de Westfalia y del castillo del señor barón: si nuestro amigo Pangloss hubiera conocido Eldorado, no habría podido afirmar que el castillo de Thunder-ten-tronckh era lo más perfecto de la tierra; cierto es que hay que viajar para aprender."

Concluida esta larga conversación, el buen anciano mandó preparar una carroza tirada por seis carneros, y dispuso que doce de sus criados los acompañaran a la corte.

—Espero que me perdonen —les dijo—, ya que mi edad me impide ir con ustedes. El rey les recibirá de tal manera que quedarán encantados, y espero sabrán perdonar sin duda aquellas costumbres del país que pudieren disgustarles.

Cándido y Cacambo montaron en la carroza; los seis carneros volaban y en menos de cuatro horas llegaron al palacio del rey situado en el otro extremo de la capital. El pórtico tenía una altura de doscientos veinte pies y cien de ancho; no se puede explicar el material del que estaba hecho. Debía ser de una calidad superior a la de esas piedras y esa arena a las que nosotros llamamos oro y piedras preciosas.

Cuando Cándido y Cacambo se apearon de la carroza, fueron recibidos por veinte hermosísimas muchachas de la guardia, que los condujeron a los baños, los vistieron con trajes de plumas de colibrí; luego los altos oficiales y oficialas de la corona los llevaron hasta la cámara de su Majestad entre dos

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

filas de músicos, cada una compuesta de mil músicos, como era la costumbre.

Al aproximarse a la sala del trono, Cacambo preguntó a un alto cargo cómo debía saludar a Su Majestad: si debía arrodillarse o tumbarse en el suelo; si debía colocar las manos en la cabeza o en el trasero; si debía lamer el polvo de la sala; en resumen, cuál era el protocolo.

—Tenemos la costumbre —dijo el oficial mayor—, de besar al rey y besarle en las dos mejillas.

Cándido y Cacambo abrazaron a Su Majestad, que los recibió con toda la amabilidad que uno pueda imaginar y los invitó cortésmente a cenar.

Mientras tanto les enseñaron la ciudad, los edificios públicos que llegaban hasta el cielo, los mercados adornados con mil columnas, las fuentes de agua pura, las fuentes de agua rosa, las de licor de caña de azúcar que manaban sin cesar en grandes plazas pavimentadas con unas piedras preciosas que exhalaban un olor parecido al del clavo y al de la canela. Cándido quiso conocer los juzgados; le dijeron que no existían, porque no había pleitos. Preguntó si había cárceles y le contestaron que no. De todo cuanto vio lo que más le gustó y causó asombro fue el museo de las ciencias, donde había una galería de dos mil pasos llena de instrumentos de matemática y física.

Apenas si habían recorrido en toda la tarde ni la milésima parte de la ciudad, cuando les llevaron de nuevo junto al rey. Cándido se sentó en la mesa entre su majestad, su criado

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cacambo y varias damas. Comieron tan exquisitamente como nunca habían comido y el rey se mostró tan ingenioso como nunca habían tenido ocasión de ver. Cacambo le traducía a Cándido las ocurrencias del rey y, a pesar de la traducción, seguían teniendo su gracia. De todo lo que a Cándido le sorprendió, no fue esto lo que menos le sorprendió.

Pasaron un mes en aquel sitio tan acogedor. Sin embargo, Cándido no cesaba de decirle a Cacambo:

—Amigo mío, una vez más insisto en que el castillo en el que nací no vale tanto como este país, pero, a fin de cuentas, la señorita Cunegunda no vive aquí y vos debéis tener alguna amada en Europa. Si nos quedamos aquí, seremos como todos; por el contrario, si volvemos a nuestro mundo, aunque sólo sea con doce carneros cargados con piedras de Eldorado, seremos más ricos que todos los reyes juntos, y ya no habría inquisidores a los que temer y podríamos recuperar sin dificultades a la señorita Cunegunda.

A Cacambo le convencieron estas razones; a la gente le gusta tanto viajar y darse importancia entre los suyos y presumir de lo que se ha visto en los viajes, que aquellos dos seres felices decidieron no serlo ya más y fueron a despedirse de Su Majestad.

—Cometen una tontería —les dijo el rey—; ya sé que mi país no es gran cosa; pero, cuando se está relativamente cómodo en un sitio, se debe quedar uno en él. Yo no tengo desde luego ningún derecho para retener a los extranjeros; sería un acto de tiranía que no pertenece a nuestras costumbres ni a nuestras leyes:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

todos los hombres son libres; partan cuando gusten, pero la salida es muy difícil. Es imposible remontar los rápidos por los que milagrosamente llegaron. Las montañas que bordean mi reino tienen diez mil pies de altura y son verticales como murallas: cada una de ellas mide a lo ancho más de diez mil leguas y sólo se puede bajar por ellas a través de precipicios. Pero, como a pesar de todo quieren irse, voy a ordenar a los jefes de máquinas que construyan una que les pueda transportar con comodidad. Cuando lleguen al otro lado de las montañas, tendrán que continuar solos, pues mis súbditos han jurado no salir nunca de su país y son demasiado sensatos como para quebrantar su voto. De todos modos, pídanme lo que quieran.

—Sólo le pedimos a Vuestra Majestad —dijo Cacambo— unos cuantos carneros cargados de víveres, de piedras y de barro.

El rey se echó a reír:

—No puedo entender —dijo— por qué los europeos sienten tanta atracción por nuestro barro amarillo; pero llévense cuanto gusten y que les aproveche.

Inmediatamente ordenó a sus ingenieros que construyeran una máquina que sacara a aquellos dos extraños hombres fuera del reino. Tres mil físicos muy brillantes la terminaron en quince días y solamente costó unos veinte millones de libras esterlinas, moneda del país. Metieron a Cándido y a Cacambo dentro de la máquina; dos grandes carneros rojos provistos de sillas y bridas para que les sirvieran de cabalgadura una vez hubieran cruzado las montañas, veinte carneros con alforjas llenas de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

víveres, treinta que llevaban regalos exóticos del país y cincuenta cargados de oro, de piedras preciosas y de diamantes. El rey besó con ternura a los dos vagabundos.

Su partida y la ingeniosa manera en que fueron izados, ellos y sus carneros, hasta la cima de las montañas fue un espectáculo espléndido. Los físicos se despidieron de ellos tras haberlos llevado hasta un lugar seguro, y ya Cándido no tenía otro deseo ni otro objetivo que mostrar sus carneros a la señorita Cunegunda.

—Tenemos dinero de sobra —dijo— para pagar al gobernador de Buenos Aires, suponiendo que la señorita Cunegunda se pueda comprar. Vayamos hacia Cayena, después cojamos un barco y ya veremos más tarde qué reino podemos comprar.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XIX
AVENTURAS EN SURINAM. CÁNDIDO CONOCE A MARTÍN

La primera jornada de nuestros dos viajeros fue bastante agradable, animados al verse dueños de más riquezas de las que podían acumularse entre Asia, Europa y África. Cándido, eufórico, grababa el nombre de Cunegunda en los árboles. En la segunda jornada, las marismas se tragaron a dos carneros con sus cargamentos; unos días más tarde otros dos carneros murieron de agotamiento; a continuación siete u ocho perecieron de hambre en el desierto; al cabo de unos días otros se despeñaron en los precipicios. Por último, después de cien días de caminata, sólo les quedaban dos carneros. Cándido dijo a Cacambo:

—Amigo mío, qué poco duran las riquezas de este mundo; no hay nada más sólido que la virtud y la dicha de volver a ver a la señorita Cunegunda.

—Estoy de acuerdo —dijo Cacambo—; pero aún nos quedan dos carneros con más riquezas de las que pueda tener nunca el rey de España; y allá a lo lejos veo una ciudad que debe de ser Surinam, territorio de los holandeses. Estamos llegando al término de nuestras desdichas y al comienzo de nuestra felicidad.

Cuando se acercaban a la ciudad, se toparon con un negro tumbado en el suelo, vestido con medio traje, es decir, con un

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

calzón de tela azul, y al que le faltaban la pierna izquierda y la mano derecha.

—¡Eh! ¡Dios mío! —le habló Cándido en holandés—. ¿Qué haces ahí, amigo mío, en tan terrible estado?

—Estoy esperando a mi amo, al señor Vanderdendur, el famoso comerciante —contestó el negro.

—¿El señor Vanderdendur —dijo Cándido—, te ha tratado así?

—Sí, señor —dijo el negro—, eso es lo que se estila. Como única vestimenta nos dan un calzón de tela azul dos veces al año. Al que trabaja en las azucareras y la muela le pilla el dedo, se le corta la mano; al que huye se le corta la pierna: yo he vivido ambas situaciones. En Europa se come azúcar a ese precio. Sin embargo, cuando mi madre me vendió por diez escudos patagones en la costa de Guinea, me decía: "Querido hijo, bendice a nuestros ídolos, adóralos siempre, harán que vivas feliz; tienes el honor de ser esclavo de nuestros señores los blancos, y con ello procuras la felicidad de tu padre y de tu madre." ¡Qué lástima! No sé si conseguí hacerles felices, pero ellos no consiguieron que lo fuera yo. Los perros, los monos y los loros son mil veces menos desgraciados que nosotros; los curas holandeses que me han convertido repiten todos los domingos que nosotros somos hijos de Adán, los blancos y los negros. No busco explicaciones genealógicas; pero, si esos predicadores dicen la verdad, todos somos parientes. Sin embargo, deberéis admitir que no se puede tratar de peor manera a los parientes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Oh Pangloss! —exclamó Cándido—. Tú no habías sospechado semejante espanto; se ve que no tendré más remedio que renegar de tu optimismo.

—¿Qué es el optimismo? —preguntaba Cacambo.

—¡Qué dolor! —dijo Cándido—. "Es obstinarse en defender con vehemencia que todo está bien cuando está mal."

Y lloraba al ver a su negro mientras entraban en Surinam.

Antes que nada se informan si hay disponible algún barco dispuesto a zarpar hacia Buenos Aires. Se dirigieron precisamente a uno cuyo patrón era un español, que se ofreció a cerrar un buen trato. Los citó en una fonda. Cándido y su fiel Cacambo le esperaron allí con sus dos carneros.

Cándido, que era muy sincero, le contó al español todas sus aventuras y le confesó su intención de raptar a la señorita Cunegunda.

—No contéis conmigo para llevaros a Buenos Aires —le dice el patrón—; seguramente me cogerían y a vos también; la bella Cunegunda es la favorita de monseñor.

Esas palabras fueron como un rayo para Cándido, lloró durante mucho tiempo, hasta que finalmente llamó aparte a Cacambo y le dijo:

—Querido amigo, debes hacer lo siguiente:

Cada uno de nosotros disponemos de cinco o seis millones en diamantes; como tú eres más astuto que yo, vete a Buenos Aires y recupera a la señorita Cunegunda. Si el gobernador pusiera

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

algún obstáculo, entrégale un millón; si no lo acepta, ofrécele dos; como tú no has matado a ningún inquisidor, no desconfiarán de ti. Yo contrataré otro barco y te esperaré en Venecia: es un país libre, en el que no hay motivo para temer ni a los búlgaros, ni a los ábaros, ni a los judíos, ni a los inquisidores.

Cacambo aceptó una decisión tan sabia. Por una parte estaba triste por tener que separarse de un amo tan bueno, que había convertido en su amigo íntimo; pero, por otra, la alegría de ayudarle era más fuerte que el dolor de la despedida. Se abrazaron llorando: Cándido le encargó que no se olvidara de la buena vieja. Cacambo partió aquel mismo día. ¡Cacambo era un hombre estupendo!

Cándido se quedó durante un tiempo en Surinam esperando que algún otro patrón quisiera trasladarle a Italia con los dos carneros que aún le quedaban. Contrató varios criados y compró todo lo necesario para una larga travesía; por fin, un tal señor Vanderdendur, dueño de un gran barco, se dirigió a él. Cándido le preguntó:

—¿Cuánto pedís por transportarme lo más derecho posible a Venecia, a mí, a mis criados, mi equipaje, y a estos dos carneros?

El patrón acordó un precio de diez mil piastras; Cándido lo aceptó inmediatamente.

"¡Bueno!, ¡bueno!", decía para sus adentros el taimado Vanderdendur, "este extranjero acepta diez mil piastras sin

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

regatear ¡Debe tener mucho dinero!" Así que, regresando a los pocos minutos, le dijo que no podía partir por menos de veinte mil.

—De acuerdo, trato hecho —dijo Cándido.

"Pues vaya", se dijo por lo bajinis el mercader, "este hombre acepta veinte mil piastras con la misma facilidad que diez mil."

Volvió otra vez y dijo que no podía llevarle a Venecia por menos de treinta mil piastras.

—Pues se os darán treinta mil —contestó Cándido.

"¡Vaya, vaya!", volvió a decirse el mercader holandés, "para este hombre treinta mil piastras no representan nada; esos dos carneros deben llevar tesoros inmensos: no voy a insistir más; de momento que pague las treinta mil piastras y ya veremos luego."

Cándido vendió dos diamantes pequeños, el menor de los cuales tenía más valor que todo lo que pedía el patrón. Le pagó por adelantado. Los dos carneros fueron embarcados en primer lugar, mientras Cándido iba detrás en un bote para reunirse con el barco en la ensenada; pero el patrón, que esperaba el momento oportuno, echa las velas y leva anclas empujado por el viento. Cándido se queda pasmado y atónito perdiéndolo pronto de vista.

—¡Qué desgracia! —gritó—. Esta villanía es propia del viejo mundo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Regresa a la orilla, profundamente dolorido, puesto que a fin de cuentas le habían robado el equivalente a la fortuna de veinte monarcas.

Va a casa de un juez holandés; y, como se encontraba aún algo rabioso, golpea bruscamente la puerta; entra, expone su aventura y grita un poco más de la cuenta. El juez le pone primero una multa de diez mil piastras por el ruido que había metido; a continuación le escucha pacientemente y le promete estudiar su caso en cuanto vuelva el patrón y le cobra otras diez mil piastras por las costas de la audiencia.

Aquello terminó con la paciencia de Cándido; realmente había soportado mil desgracias peores; pero la sangre fría del juez y la del patrón ladrón le encendieron la bilis y le sumieron en la más negra melancolía. Veía la horrorosa maldad de los hombres y sólo tenía pensamientos tristes. Al fin, como un barco francés iba a zarpar para Burdeos y como ya no tenía que embarcar los carneros cargados de diamantes, alquiló un camarote a buen precio y corrió la voz por la ciudad de que pagaría el pasaje y la comida y daría además dos mil piastras a aquel hombre honrado que le acompañara en el viaje, siempre y cuando ese hombre fuera el que sintiera más asco de su estado y se sintiera también el más desgraciado de la provincia.

Se presentaron tantos que ni una flota hubiera bastado para acogerlos. Cándido, que quería elegir entre los más aparentes, seleccionó a unas veinte personas que le parecieron bastante sociables, todas merecían el puesto. Los reunió en la fonda y les dio de cenar, a condición de que cada uno jurara contar su

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

verdadera historia, y les prometió elegir a aquél que pareciera más digno de compasión y que tuviera los motivos más justificados para estar descontento de su estado así como compensar de alguna manera a los demás.

La sesión duró hasta las cuatro de la mañana. Mientras escuchaba Cándido todas aquellas aventuras, recordaba lo que le había dicho la vieja cuando iban a Buenos Aires y la apuesta que había hecho, de que no había ni una sola persona en el barco a la que no le hubieran ocurrido enormes desgracias. A cada nueva historia que le narraban se acordaba de Pangloss: "El bueno de Pangloss", se decía, "tendría ahora muchos problemas para demostrar su sistema. Me gustaría verlo aquí. El único sitio en que todo va bien es en Eldorado y no en el resto del mundo." Finalmente escogió a un pobre sabio que había trabajado durante diez años para los libreros de Ámsterdam. Pensó que no había otro oficio en el mundo que pudiera producir más asco.

A este sabio, que era además un buen hombre, su mujer le había robado, le había pegado su hijo y había sido abandonado por una hija, que había procurado ser raptada por un portugués. Acababa de quedarse sin el modesto empleo con el que subsistía, y estaba sufriendo persecución por parte de dos predicadores de Surinam que lo habían tomado por un sociniano. Desde luego todos los demás eran tan desgraciados como él, pero Cándido esperaba que aquel sabio le entretuviera en el viaje. Los otros rivales se quejaban de la injusticia que Cándido cometía con ellos, pero quedaron apaciguados al recibir cien piastras cada uno.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XX

AVENTURAS DE CÁNDIDO Y MARTÍN EN EL MAR

Así que el viejo sabio, que se llamaba Martín, embarcó hacia Burdeos con Cándido. Ambos habían vivido y sufrido mucho; y aunque la nave hubiera navegado desde Surinam hasta el Japón pasando por el Cabo de Buena Esperanza, habrían tenido suficiente conversación acerca de los males físicos y morales como para no aburrirse en todo el viaje.

Cándido tenía una gran ventaja sobre Martín, y es que aún tenía la esperanza de volver a ver a la señorita Cunegunda, mientras que Martín no tenía ya esperanza alguna; y Cándido tenía también oro y diamantes, y aunque había perdido cien hermosos carneros rojos cargados con las más valiosas riquezas de la tierra y aunque seguía disgustado por la infamia del patrón holandés, a pesar de todo eso se sentía atraído por el sistema de Pangloss, cuando pensaba en lo que aún le quedaba en los bolsillos y cuando hablaba de Cunegunda, especialmente en las sobremesas.

—Y vos, señor Martín —le preguntó al sabio—, ¿qué pensáis de todo esto? ¿Qué opináis del mal moral y del mal físico?

—Señor —contestó Martín—, a mí se me ha acusado de ser sociniano; pero lo cierto es que soy maniqueo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Os burláis de mí —dijo Cándido—; no existen maniqueos en el mundo.

—Yo lo soy —dijo Martín—, y no puedo remediarlo, no puedo pensar de manera diferente.

—Debéis tener el diablo en el cuerpo —dijo Cándido.

—Como fisga tanto en los asuntos terrenales —dijo Martín—, no me extrañaría que se hubiese metido en mi cuerpo como se mete en todas partes; pero yo os aseguro que, si se echa un vistazo a este globo, o más bien a esta bolita, pienso que Dios la ha dejado en manos de algún espíritu perverso, si exceptuamos Eldorado. No hay ciudad que no desee la ruina de la ciudad vecina, ni familia que no quiera exterminar a alguna otra. Por todas partes los débiles odian a los poderosos, a cuyos pies, sin embargo, se arrastran mientras los poderosos los tratan como rebaños cuya lana y carne venden. Un millón de asesinos reclutados en ejércitos atraviesa Europa de un extremo al otro, matando y robando de manera disciplinada para ganarse el pan, porque no hay un oficio más honorable; y en las ciudades que parecen gozar de paz, y donde florecen las artes, devoran a los hombres más envidia, preocupaciones y angustias que plagas puede soportar una ciudad asediada, pues las penas privadas son más duras que las miserias públicas. En conclusión, he visto y sufrido tanto que soy maniqueo.

—Sin embargo, existe el bien —replicaba Cándido.

—Quizás —decía Martín—; pero yo no lo conozco.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Así conversaban cuando se oyó un cañonazo y luego otro enseguida. Cogen ambos sus anteojos y divisan dos navíos que estaban combatiendo a unas tres millas: el viento los acercó tanto al barco francés que desde éste se pudo contemplar cómodamente el combate. Al fin uno de los dos navíos disparó al otro una andanada justamente en la línea de flotación y lo hundió. Cándido y Martín pudieron apreciar a un centenar de hombres en la cubierta del barco que se hundía; todos alzaban las manos al cielo implorando auxilio, pero en un momento las aguas se lo tragaron todo.

—He aquí un ejemplo —dijo Martín—, de cómo se tratan los hombres unos a otros.

—Es verdad —dijo Cándido— que hay algo diabólico en este asunto.

Según estaban hablando, Cándido vio que algo de un color rojo brillante flotaba cerca del barco. Lanzaron el bote y fueron a comprobar qué era: resultó ser uno de sus carneros. La alegría que sintió Cándido al recuperar este carnero fue mayor que la pena producida por la pérdida de aquellos cien repletos de grandes diamantes de Eldorado.

El capitán francés pronto se dio cuenta de que el capitán dé la nave victoriosa era español, y que el de la nave hundida era un pirata holandés; el mismo que había robado a Cándido. Las inmensas riquezas que aquel bribón había robado quedaron sepultadas con él en el mar y únicamente se salvó un carnero.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Veis —le decía Cándido a Martín— cómo a veces el crimen recibe su justo castigo? Este pícaro patrón holandés ha encontrado el fin que se merecía.

—Sí —dijo Martín—; ¿pero para eso hacía falta que todos los demás también murieran? Dios ha castigado a un sinvergüenza, pero el diablo ha ahogado a todos los demás.

El barco francés y el español continuaron entretanto su ruta, y Cándido prosiguió sus conversaciones con Martín. Siguieron intercambiando opiniones durante quince días seguidos, y a los quince días no habían avanzado ni un paso. Pero al fin y al cabo hablaban, se comunicaban ideas, se consolaban. Cándido acariciaba a su carnero.

—Si te he recuperado a ti —dijo—, también podré recuperar a Cunegunda.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXI
CÁNDIDO Y MARTÍN SE ACERCAN A LAS COSTAS DE FRANCIA Y SIGUEN RAZONANDO

Por fin aparecían ante su vista las costas de Francia.

—¿Habéis estado alguna vez en Francia, señor Martín? —dijo Cándido.

—Sí —dijo Martín—, he visitado varias provincias. En algunas la mitad de su gente está loca, en otras son muy maliciosos, en otras son bastante tranquilos y bastante estúpidos, en otras se las dan de graciosos; y, en todas, la principal tarea es el amor; la segunda, la maledicencia; y la tercera, decir bobadas.

—Pero, señor Martín, ¿conocéis París?

—Sí, he visto París; es una mezcla de todas esas especies; es un caos, es una muchedumbre en busca de placer que casi ninguno encuentra, al menos es la impresión que tengo. Paré poco tiempo; al llegar unos rateros me robaron todo cuanto llevaba en la feria de St. Germain; luego me confundieron con un ladrón y pasé ocho días en la cárcel; después tuve que trabajar de corrector de imprenta para ganar algo con lo que poder regresar andando a Holanda. Conocí a la canalla de escritores, a la canalla de conspiradores y a la canalla de los devotos histéricos. Se dice que hay gente muy educada en esa ciudad: me gustaría creerlo.

—Pues yo no siento ninguna curiosidad por conocer Francia —dijo Cándido—; podréis comprender fácilmente que, cuando

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

se ha pasado un mes en Eldorado, ya no interesa ver ninguna otra cosa en el mundo excepto a la señorita Cunegunda: me voy a Venecia a esperarla, cruzaremos Francia para ir a Italia. ¿Queréis acompañarme?

—Encantado —dijo Martín—; se oye decir que Venecia sólo es buena para los nobles venecianos, pero que sin embargo son muy bien recibidos los extranjeros adinerados: yo no tengo, vos tenéis, os seguiré a todas partes.

—A propósito —dijo Cándido—, ¿creéis que originariamente el mar cubría toda la tierra como lo asegura aquel grueso volumen del capitán del barco?

—No me lo creo —dijo Martín—, como tampoco todas esas fantasías que nos vienen contando últimamente.

—Pero, ¿para qué ha sido creado entonces este mundo? —dijo Cándido.

—Para hacernos rabiar —contestó Martín.

—¿No os causa extrañeza —continuó Cándido— el amor que aquellas dos muchachas de la tierra de los orejudos sentían por aquellos dos monos, aventura que ya os conté?

—En modo alguno —dijo Martín—; no veo nada raro en esa pasión: he visto ya tantas cosas extraordinarias que nada me resulta extraordinario.

—¿Creéis —dijo Cándido— que los hombres siempre se han matado unos a otros como hoy en día? ¿Que desde siempre han sido mentirosos, farsantes, malvados, desagradecidos, bribones

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

débiles, inconstantes, cobardes, envidiosos, glotones, borrachos, avariciosos, ambiciosos, crueles, calumniadores, viciosos, fanáticos, hipócritas e ineptos?

—¿Creéis —dijo Martín— que los gavilanes siempre han comido palomas cuando las han encontrado?

—Sí, sin lugar a dudas —dijo Cándido.

—Pues bien —dijo Martín—, si los gavilanes han mantenido siempre el mismo carácter, ¿por qué pretendéis que los hombres cambien el suyo?

—¡Oh! —dijo Cándido—, no es lo mismo, pues el libre albedrío...

Y conversando de esta manera, llegaron a Burdeos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXII
AVENTURAS DE CÁNDIDO Y MARTÍN EN FRANCIA

Cándido se detuvo en Burdeos sólo el tiempo necesario para vender algunas piedras de Eldorado y para conseguir un carruaje de dos plazas, porque no podía ya prescindir de su filósofo Martín; sólo sintió el tener que separarse de su carnero, que había regalado a la Academia de Ciencias de Burdeos, la cual propuso como tema para el premio de aquel año la investigación sobre las causas del color rojo de la lana de aquel carnero. El premio lo ganó un sabio del norte, que demostró con que A, más B, menos C, dividido por Z, que el carnero tenía que ser rojo y que moriría de viruelas.

Ahora bien, como todos los viajeros que Cándido encontraba en las fondas del camino le comentaban que se dirigían a París, le entraron ganas de ver aquella capital y además no se desviaba mucho de su camino a Venecia.

Entró por el barrio de Saint-Marceau, y le pareció que estaba en el pueblo más feo de Westfalia.

En cuanto Cándido llegó a la posada, el cansancio le produjo una leve enfermedad. Debido al enorme diamante que llevaba en el dedo, y a que habían visto entre su equipaje un cofre excesivamente pesado, acudieron junto a él dos médicos que no habían sido llamados, algunos amigos íntimos que no le dejaban ni un momento solo y dos beatas que le llevaban calditos calientes. Decía Martín:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Recuerdo que la primera vez que estuve en París también caí enfermo, pero era muy pobre y nadie estuvo junto a mí, ni amigos, ni beatas, ni médicos, y aun con todo sané.

Por el contrario, gracias a tantas medicinas y sangrías, la enfermedad de Cándido se agravó. Un beato de la parroquia vino un día a ofrecerle, con toda delicadeza, un pagaré al portador para el otro mundo: Cándido no quiso saber nada. Las beatas le aseguraron que era una nueva moda, pero Cándido les contestó que él no estaba para modas. Martín quiso arrojar al beato por la ventana y éste juró que no enterrarían a Cándido. Martín juró que a quien iban a enterrar era a él si seguía dando la lata. Se enzarzaron acaloradamente: Martín lo cogió por los hombros y lo echó a patadas, lo cual provocó tan gran escándalo que hasta se hizo un atestado.

Cándido sanó por fin y durante su convalecencia siempre estaba muy bien acompañado en su casa a la hora de la cena. Se jugaban grandes apuestas. A Cándido le parecía raro que nunca le vinieran los ases, en cambio Martín no se extrañaba de ello.

Entre los que le enseñaban la ciudad, había un joven abate del Perigord, una de esas personas diligentes, siempre atentas, siempre serviciales, frescas, cordiales, acomodaticias, que están al acecho de los extranjeros, les cuentan la historia escandalosa de la ciudad y les ofrecen placeres a cualquier precio. Este tipo llevó a Cándido y a Martín al teatro en primer lugar. Se estrenaba una tragedia. La localidad de Cándido estaba situada junto a la de ciertos entendidos en la materia, pero eso no le impidió llorar en algunas escenas representadas con total

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

realismo. Uno de los eruditos que estaba a su lado le dijo en un entreacto:

—Os equivocáis al llorar; esa actriz es muy mala y el actor que trabaja con ella es mucho peor; y no hablemos de la obra, que es peor aún que los actores; el autor no sabe ni una palabra de árabe, no obstante la escena se desarrolla en Arabia; y por añadidura, es un hombre que no cree en las ideas innatas; os puedo traer mañana veinte panfletos en su contra.

—Señor, ¿cuántas obras de teatro hay en Francia? —preguntó Cándido al abate; éste contestó:

—Unas cinco o seis mil.

—Son muchas —dijo Cándido—; ¿cuántas son buenas?

—Quince o dieciséis —contestó el otro.

—Son muchas —dijo Martín.

A Cándido le gustó mucho una actriz, cuyo personaje era el de la reina Isabel, en una tragedia bastante simple, que se suele representar algunas veces.

—Esta actriz —le dijo a Martín— me gusta mucho; tiene un cierto aire con la señorita Cunegunda; me encantaría poder saludarla.

El abate del Perigord se ofreció a presentársela en su propia casa. Cándido, que había sido educado en Alemania, preguntó cuál era la etiqueta, y cómo eran tratadas en Francia las reinas de Inglaterra.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Depende —contestó el abate—; en provincias, se las invita a la fonda; en París, se las trata con mucha cortesía si son hermosas, y cuando están muertas, se arrojan a la basura.

—¡Las reinas a la basura! —exclamó Cándido.

—Sí, de verdad —dijo Martín—; el señor abate tiene razón: me encontraba yo en París cuando la señorita Monime pasó, como se dice, a mejor vida; se le negó lo que aquí se conoce como "honores de enterramiento", o sea, pudrirse con todos los desheredados del barrio en un mal cementerio, fue enterrada aparte, completamente sola, en la esquina de la calle Bourgogne; eso debió producirle una enorme pena, porque era una mujer con nobleza de espíritu.

—Es una descortesía —dijo Cándido.

—¿Y qué queréis? —dijo Martín—; la gente es así. Todas las contradicciones y todas las incompatibilidades que vos podáis imaginar las encontraréis en el gobierno, en los tribunales, en las iglesias y en los espectáculos de esta desconcertante nación.

—¿Es cierto que en París se están riendo siempre? —dijo Cándido.

—Sí —dijo el abate—, pero con rabia: porque aquí se quejan de todo a carcajada limpia; hasta los actos más despreciables se cometen riendo.

—¿Quién es —dijo Cándido— ese puerco que echaba pestes de la obra que tanto me ha hecho llorar y cuyos actores me han gustado tanto?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Es un mal sujeto —contestó el abate—, se gana la vida desprestigiando todas las obras y todos los libros; odia al que triunfa, como los eunucos odian a los que sienten placer; es una de esas sabandijas de la literatura que se alimentan de cieno y veneno; es un foliculario.

—¿Qué es un foliculario? —dijo Cándido.

—Es —dijo el abate— un escritor de panfletos.

Cándido, Martín y el de Perigord mantenían esta conversación en la escalera mientras veían desfilar al público al finalizar la obra.

—Aunque tengo muchas ganas de ver a la señorita Cunegunda —dijo Cándido—, sin embargo me gustaría cenar esta noche con la señorita Clairon, porque me ha parecido admirable.

El abate, que no era el tipo de hombre que se relacionara con la señorita Clairon, la cual sólo tenía amistad con gente encopetada, le dijo:

—Esta noche está ocupada, pero tendré el honor de llevaros a casa de una dama ilustre y allí conoceréis París como si hubierais vivido en él cuatro años.

Cándido, que tenía un carácter curioso, se dejó llevar a casa de la dama, situada en un extremo del barrio de St. Honoré; allí se estaba jugando al faraón y doce atribulados jugadores sostenían en la mano un mazo de cartas dobladas por una punta, señal evidente de su ruina. Reinaba un profundo silencio, los jugadores estaban pálidos, el que tenía la banca, nervioso; y la dueña de la casa, sentada cerca del implacable banquero, observaba

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

con ojos de lince todas las apuestas dobles y todas las apuestas irregulares que cada jugador señalaba doblando una punta de sus cartas; ella les obligaba a desdoblarla con gesto serio pero cortés, y no se enfadaba por miedo a perder clientes. La dama se hacía llamar marquesa de Parolignac. Su hija, de quince años, estaba entre los jugadores y advertía con un guiño de ojos de las trampas con las que aquella pobre gente intentaba enmendar las desgracias del azar. El abate de Perigord, Cándido y Martín entraron; nadie se levantó, ni fue a saludarles, ni tan siquiera los miraron; todos estaban intensamente abstraídos con sus cartas.

—La señora baronesa de Tunderten-tronckh era más educada —dijo Cándido.

En ese momento el abate se acercó a la marquesa y le susurró algo al oído, ella hizo el ademán de levantarse y saludó a Cándido con una sonrisa y a Martín con un gesto; ofreció una silla y un juego de naipes a Cándido, que perdió cincuenta mil francos en dos bazas, tras lo cual cenaron alegremente. Todo el mundo estaba extrañado de que Cándido no se quejara por el dinero perdido; los criados comentaban entre sí en su lenguaje:

—Debe ser un importante lord inglés.

La cena fue como casi todas las cenas de París: en un primer momento silencio absoluto, a continuación, un estallido de palabras que apenas se entienden, finalmente, mucho chiste insulso, cotilleos, ideas detestables, un poco de política y mucha calumnia; hasta se habló de libros recién publicados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Han leído ustedes —dijo el abate de Perigord— la novela del señor Gauchat, doctor en teología?

—Sí —contestó uno de los comensales—, pero no pude acabarla. Tenemos un sinfín de publicaciones impertinentes, pero entre todas juntas no alcanzan la impertinencia de Gauchat, doctor en teología; estoy tan harto de la cantidad de libros detestables que hay hoy en día que he preferido apostar al faraón.

—Y las *Misceláneas del arcipreste T...*, ¿qué le parecen? —dijo el abate.

—¡Ay! —dijo la señora de Parolignac—, ¡que son de un aburrimiento mortal! ¡Trata de lo que todo el mundo precisamente ya conoce! ¡Y discute con insistencia lo que no merece la pena ni dedicarle un segundo! ¡Y con qué estupidez se apropia del talento de los demás! ¡Estropea todo cuanto toca! ¡A mí me aburre soberanamente!, pero desde luego que no me va a aburrir otra vez; he tenido suficiente con unas pocas páginas del arcipreste.

Sentado en la mesa había un hombre sabio y de buen gusto, que ratificó los comentarios de la marquesa. Se pusieron luego a hablar de tragedias; la dama preguntó por qué había tragedias que alguna vez se representaban, pero que era imposible leer. El hombre explicó muy bien cómo una obra podía presentar cierto atractivo, pero no tener casi ningún valor; en pocas palabras, demostró que no son suficientes dos o tres sucesos como los que se encuentran en todas las novelas y que siempre seducen al público, sino que hay que ser innovador sin resultar

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ridículo, con frecuencia sublime y siempre natural, conocer el corazón humano y conseguir mostrarlo a través de las palabras; ser un gran poeta sin que ningún personaje pueda parecerlo; conocer su lengua a la perfección, hablarla con pureza y constante armonía, sin que la rima vaya nunca en detrimento del sentido. Cualquiera, añadió, puede escribir, sin obedecer estas reglas, una o dos tragedias que tengan éxito en el teatro, pero jamás estará en la nómina de los buenos escritores; hay muy pocas tragedias buenas; unas son poemas amorosos en diálogos bien escritos y con rimas acertadas; otras, pensamientos políticos que aburren a cualquiera, o amplificaciones que resultan molestas; otras, proyectos de algún energúmeno, en un estilo torpe, con ideas inconclusas, con largas invocaciones a los dioses porque no se conoce el lenguaje de los hombres, con falsas máximas y lugares comunes con mucha retórica.

Cándido escuchó con atención estos comentarios y tuvo en gran estima al orador; y, como la marquesa lo había sentado intencionadamente a su lado, se le acercó al oído y le preguntó quién era aquel hombre que se expresaba tan bien.

—Es un sabio —dijo la dama— que no viene a jugar sino que el abate suele traer a veces a cenar: es muy entendido en tragedias y libros; ha escrito una tragedia que fue silbada, y un libro del cual el único ejemplar que se ha visto fuera de la librería de su editor fue uno que me dedicó a mí.

—¡Qué gran hombre! —dijo Cándido—, es otro Pangloss.

Entonces, volviéndose hacia él le preguntó:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Señor, ¿pensáis vos que todo es perfecto en el mundo físico y en el moral y que no podría ser de otra manera?

—Yo, señor —le contestó el sabio—, no pienso en absoluto de ese modo: para mí todo va mal entre los hombres; nadie sabe cuál es su posición ni su responsabilidad, ni lo que hace, ni lo que debe hacer, y salvo el tiempo dedicado a las comidas, que es bastante alegre y en el que parece existir bastante fraternidad, el resto del tiempo se emplea en estúpidas querellas: jansenistas contra molinistas, parlamentarios contra clérigos, escritores contra escritores, cortesanos contra cortesanos, financieros contra pueblo, mujeres contra maridos, parientes contra parientes; es una guerra sin fin.

Cándido le replicó:

—Peores cosas he visto yo, pero un hombre sabio, al que más tarde ahorcarían, me enseñó que todo va de maravilla; y que todo eso son como las sombras de un bello cuadro.

—Vuestro ahorcado se reía del mundo —dijo Martín—; vuestras sombras son manchas horribles.

—Los hombres son los culpables de las manchas —dijo Cándido—, y no pueden sustraerse a ello.

—Así que no tienen culpa de nada —dijo Martín.

La mayoría de los jugadores, que no comprendía aquella conversación, se entretenía bebiendo; y mientras Martín seguía hablando con el sabio, Cándido le contó parte de sus aventuras a la dueña de la casa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Después de cenar, la marquesa llevó a Cándido a su salita, y le invitó a que se sentara en un sofá.

—Bueno, bueno —le dijo—, ¿así que continuáis perdidamente enamorado de la señorita Cunegunda de Thunder-ten-tronckh?

—Sí, señora —contestó Cándido.

La marquesa le replicó con una sonrisa llena de ternura:

—Me tratáis como un joven de Westfalia; un francés me habría dicho: "Os aseguro que amaba a la señorita Cunegunda hasta el momento de veros, señora; temo que ya no la amo."

—Lo siento, señora —dijo Cándido—, responderé según vuestro deseo.

—Vuestra pasión por ella —dijo la marquesa— nació al recoger su pañuelo del suelo; quiero que ahora recojáis mi liga.

—Con mil amores —dijo Cándido; y la recogió.

—Pero quiero que me la pongáis de nuevo —dijo la dama; y Cándido se la puso de nuevo. La dama le dijo—: Mis amantes de París suelen languidecer por mí a veces hasta quince días, pero, como sois extranjero, me entrego a vos hoy mismo, porque se deben rendir los honores de su tierra a un joven de Westfalia.

Aquella bella dama, que había reparado ya en los dos enormes diamantes de las dos manos de su joven extranjero, manifestó tales alabanzas de ellos y de manera tan sincera que pasaron de los dedos de Cándido a los de la marquesa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cándido, ya de regreso con su abate del Perigord, sintió remordimientos por haberle sido infiel a la señorita Cunegunda, y el señor abate compartió su pena; en realidad era muy pequeña su parte correspondiente en las cincuenta mil libras perdidas por Cándido en el juego, y en el valor de los dos brillantes, mitad regalados, mitad arrebatados. Tenía la intención de aprovechar al máximo las ventajas que le pudiera aportar la amistad con Cándido. Le habló mucho de Cunegunda, y Cándido le aseguró que pediría debidamente perdón a su amada por su infidelidad, cuando llegara a Venecia.

El del Perigord duplicaba cumplidos y atenciones y mostraba sensible interés por todo lo que Cándido decía, por todo lo que hacía, por todos sus proyectos.

—¿Así que tenéis, señor —le dijo—, una cita en Venecia?

—Sí, señor abate —contestó Cándido—; es del todo necesario que vaya a reunirme con la señorita Cunegunda.

Entonces, animado por el placer de hablar de su amada, contó, según su costumbre, parte de sus aventuras con aquella ilustre westfaliana.

El abate le comentó:

—La señorita Cunegunda es muy inteligente y pienso que debe escribir cartas encantadoras.

—Jamás he recibido una—dijo Cándido—; porque considerad que, como me habían echado del castillo por estar enamorado de ella, no podía escribirle; que poco después me enteré de que estaba muerta, que más tarde la encontré y que la perdí de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

nuevo, y que ahora le he enviado a dos mil quinientas leguas de aquí un mensajero, cuya respuesta aguardo.

El abate escuchaba pensativamente con mucha atención. Se despidió de los dos extranjeros, tras darles un afectuoso abrazo. Al día siguiente, por la mañana temprano Cándido recibió una carta concebida en estos términos:

"Muy amado mío: Hace ocho días que estoy enferma en esta ciudad y he sabido que estáis aquí. Volaría hasta vuestros brazos si pudiera moverme. También me he enterado de vuestro paso por Burdeos; allí quedaron el fiel Cacambo y la vieja, que pronto se reunirán conmigo. El gobernador de Buenos Aires lo robó todo, si bien aún poseo vuestro corazón; vuestra visita podrá curarme o me hará morir de placer…"

Esta inesperada carta, tan encantadora, produjo en Cándido una alegría inefable, aunque la enfermedad de su querida Cunegunda le llenó de dolor. Roto por estos dos sentimientos opuestos, coge el oro y los diamantes, y, acompañado de Martín, se dirige al hotel en el que se hospedaba la señorita Cunegunda. Entra en la habitación, temblando de emoción, con el corazón palpitante, gimiendo; va a descorrer las cortinas de la cama; quiere que alguien acerque una luz.

—No lo hagáis —dice la sirvienta, y vuelve a correr apresuradamente las cortinas—, la luz la mata.

—Mi querida Cunegunda —dice Cándido llorando—, ¿cómo os encontráis? Ya que no podéis verme, habladme al menos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—No puede hablar —dice la sirvienta.

En ese momento la enferma saca de entre las sábanas una mano rolliza sobre la que Cándido llora durante un buen rato, y que luego llena de diamantes, dejando al mismo tiempo una bolsa de oro sobre el sillón.

En medio de estas emociones tan intensas, aparece un oficial de policía, seguido del abate del Perigord y de una tropa, y pregunta:

—¿Así que son éstos los dos extranjeros sospechosos?

Inmediatamente los apresa y manda a sus soldados que los metan en la cárcel.

—En Eldorado no tratan así a los viajeros —dice Cándido.

—Ahora soy más maniqueo que nunca —dice Martín.

—Pero, señor, ¿adónde nos llevan? —dice Cándido.

—Al calabozo —dice el oficial.

Habiendo recuperado Martín la calma, cayó en la cuenta de que la dama enferma era uña pícara que estaba suplantando a Cunegunda; el señor abate del Perigord, un tunante que había abusado con rapidez de la inocencia de Cándido, y el oficial, otro sinvergüenza del que podrían fácilmente zafarse.

Cándido, al que Martín ya había puesto al corriente, y que sigue impaciente por volver a ver a la auténtica Cunegunda, prefiere ofrecer al oficial tres pequeños diamantes de casi tres mil doblones cada uno antes que aventurarse en los procesos judiciales.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Ay!, señor —le dice el hombre del bastón de marfil—, aunque hubieseis cometido todos los crímenes que se puedan imaginar, seríais el hombre más honesto del mundo. ¡Tres diamantes! ¡Y cada uno vale tres mil doblones! ¡Señor! Me dejaría matar por vos, en lugar de llevaros al calabozo. Todos los extranjeros están siendo arrestados, pero dejadlo a mi cuidado; tengo un hermano en Dieppe, en Normandía; voy a llevaros allí; si tenéis algún diamante a cambio, cuidará de vos como si fuerais yo mismo.

—¿Y por qué detienen a todos los extranjeros? —pregunta Cándido. El abate del Perigord tomó entonces la palabra y dijo:

—Porque un mendigo del país de Atrebatia había oído tonterías que le impulsaron a cometer un parricidio, no como el del mes de mayo de 1610, en que murió Enrique IV, sino como el del mes de diciembre de 1594, que fue fallido, tal como otros muchos cometidos en otros años y en otros meses por mendigos que habían oído decir necedades.

El oficial explicó entonces qué estaba ocurriendo:

—¡Qué monstruosidad! —exclamó Cándido—. ¡Pero cómo pueden pasar tales horrores en un pueblo que canta y baila! ¿No podría yo salir ahora mismo de este país en el que los monos acosan a los tigres? En mi país he visto osos; en el único en que he visto hombres es en Eldorado. En nombre de Dios, señor oficial, le ruego que me lleve a Venecia, en donde debo esperar a la señorita Cunegunda.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Sólo puedo conduciros hasta la Baja Normandía —dice el oficial.

Inmediatamente ordena que les quiten los grilletes diciendo que es un error, despacha a su gente y guía hasta Dieppe a Cándido y a Martín dejándolos al cuidado de su hermano. Había un pequeño barco holandés en el puerto. El normando, que con la ayuda de otros tres diamantes se había convertido en el más servicial de los hombres, embarca a Cándido y a su gente en el barco que iba rumbo a Portsmouth en Inglaterra. No era precisamente éste el camino a Venecia, pero Cándido creía haberse escapado del infierno y entre sus planes estaba dirigirse a Venecia en la primera ocasión.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXIII
LO QUE VIERON CÁNDIDO Y MARTÍN EN LAS COSTAS DE INGLATERRA

—¡Ah, Pangloss! ¡Pangloss! ¡Ah, Martín! ¡Martín! ¡Ah, mi amada Cunegunda! Pero, ¿qué mundo es éste? —decía Cándido en el barco holandés.

—Un aborrecible mundo de locos —contestaba Martín.

—Vos conocéis Inglaterra, ¿son allí tan locos como en Francia?

—Son otro tipo de locos —dijo Martín—. Vos sabéis que estos dos países están en guerra por unos cuantos palmos de nieve del Canadá, y que el gasto de esta dichosa guerra es superior al valor de todo el Canadá. No tengo bastante capacidad para precisar si hay más locos de atar en un país que en el otro, sólo puedo asegurar que, en general, la gente a la que vamos a ver es bastante antipática.

Así iban conversando cuando llegaron a Portsmouth; la orilla estaba completamente tapada por una muchedumbre que observaba con mucha atención a un hombre muy gordo que estaba arrodillado, con una venda en los ojos, sobre la cubierta de uno de los buques de la flota; cuatro soldados, alineados en frente de este hombre, le dispararon cada uno tres balas en el cráneo con la mayor tranquilidad del mundo; y aquella muchedumbre se alejó enormemente satisfecha.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Pero qué significa todo esto? —dijo Cándido—; y ¿qué espíritu maligno impera en todo el mundo?

Preguntó quién era aquel hombre gordo al que acababan de fusilar con tanta solemnidad.

—Es un almirante—le contestaron.

—¿Y qué razón hay para matar a un almirante?

Le contestaron:

—Porque no ha mandado matar a mucha gente; entabló una batalla con un almirante francés y se ha demostrado que no se le aproximó lo suficiente.

—Pero —dijo Cándido— ¡el almirante francés estaría tan alejado del almirante inglés como éste de aquél!

—Eso es obvio —le replicaron—; pero aquí se considera conveniente ejecutar de tanto en tanto a un almirante para enardecer a los demás.

Todo esto que veía y escuchaba le produjo a Cándido tal impresión que no quiso ni bajar a tierra, y le determinó llegar a un trato con el patrón holandés (aunque luego resultara ser un ladrón como el de Surinam) para que le condujera sin demora a Venecia.

El patrón estuvo listo al cabo de dos días. Bordearon las costas de Francia; pasaron por delante de Lisboa y Cándido se estremeció. Atravesaron el Estrecho, entraron en el Mediterráneo y llegaron finalmente a Venecia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Alabado sea Dios! —dijo Cándido abrazando a Martín— . En esta ciudad veré otra vez a la bella Cunegunda. Tengo tanta confianza en Cacambo como en mí mismo. Todo está bien, todo va lo mejor posible.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXIV
PAQUITA Y FRAY ALHELÍ

Nada más llegar a Venecia, mandó que buscaran a Cacambo por todas las fondas, por todos los cafés, por todos los prostíbulos, pero no lo encontró. Todos los días enviaba a alguien a esperarlo en todos los barcos y barcas que atracaban: Cacambo seguía sin dar noticias.

—¡No es posible! —le decía a Martín—, ¡yo he tenido tiempo de pasar de Surinam a Burdeos, de ir de Burdeos a París, de París a Dieppe, de Dieppe a Portsmouth; he rodeado Portugal y España, he cruzado todo el Mediterráneo, he pasado varios meses en Venecia, y la bella Cunegunda no ha llegado aún! ¡En vez de ella he encontrado a una tunante y a un abate del Perigord! No cabe duda que Cunegunda ha muerto, y a mí tan sólo me resta morir. ¡Qué pena! Habría sido mejor haberme quedado en aquel paraíso de Eldorado que haber vuelto a esta maldita Europa. ¡Qué razón teníais, mi querido Martín! Todo es un engaño y no hay más que desgracias.

Una profunda depresión se apoderó de él y ya no pudo participar en la ópera *alla moda* ni en ninguna otra diversión de los carnavales, ni dama alguna le suscitó la más mínima tentación. Martín le dijo:

—Realmente sois muy ingenuo al creer que un criado mestizo con cinco o seis millones en los bolsillos va a ir en busca de vuestra amada hasta el fin del mundo y os la va a traer a Venecia. Si la encuentra, se la quedará él; y si no la encuentra,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

buscará otra: os aconsejo que os olvidéis de vuestro criado Cacambo y de vuestra querida Cunegunda.

Lo que decía Martín no era muy reconfortante, por lo que la melancolía de Cándido se agravó, mientras Martín no cesaba de demostrarle que había muy poca virtud y felicidad en el mundo; salvo quizás en Eldorado, país al que nadie podía llegar.

Estaban discutiendo sobre este tema tan importante mientras esperaban a Cunegunda, cuando Cándido se fijó en un joven fraile teatino en la plaza de San Marcos, que llevaba del brazo a una muchacha. El fraile era de aspecto lozano, rechoncho, fuerte; de ojos brillantes, de apariencia segura, de semblante altivo y andar firme. La muchacha era muy bonita e iba cantando; miraba amorosamente al fraile y de vez en cuando le pellizcaba las mejillas.

—Al menos tendréis que admitir —le dijo Cándido a Martín— que esta gente es feliz. Hasta el momento y exceptuando Eldorado, únicamente he encontrado en el mundo habitable a gente desgraciada, pero apostaría a que esta moza y este fraile es gente muy feliz.

—Pues yo apostaría que no —dijo Martín.

—Con invitarlos a cenar, veréis si me equivoco o no.

Inmediatamente se dirige hacia ellos, les saluda y los invita a su fonda a comer macarrones, perdices de Lombardía, huevos de esturión y a beber vino de Montepulciano, de Lácrima-Christi, de Chipre y de Samos. La muchacha se puso colorada, pero el

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

fraile aceptó la invitación, y ella le siguió mientras miraba a Cándido con ojos de sorpresa y confusión, velados por algunas lágrimas. Apenas hubo entrado en la habitación de Cándido, ella exclamó:

—¡Pero fíjate, el señor Cándido ya no reconoce a Paquita!

Al oír aquellas palabras, Cándido, que hasta entonces no le había prestado atención porque sólo pensaba en Cunegunda, le dijo:

—¡Ay!, pobre muchacha, ¿así que sois vos la misma que puso al doctor Pangloss en el lamentable estado en el que lo vi?

—¡Desgraciadamente, señor! La misma —dijo Paquita—; ya veo que lo sabéis todo. Yo también me enteré de las horribles desgracias sufridas por toda la gente de la señora baronesa y por la bella Cunegunda. Os aseguro que mi destino no ha sido menos triste. Yo era muy ingenua cuando vos me conocisteis. Un franciscano, mi confesor, me sedujo con facilidad, y las consecuencias fueron horrorosas; yo también tuve que irme del castillo poco después de que el señor barón os pusiera de patitas en la calle. Gracias a un médico famoso, que se apiadó de mí, hoy no estoy muerta. Durante algún tiempo fui su querida por gratitud. Su mujer, loca de celos, me pegaba cruelmente todos los días hecha una furia. Aquel médico era el hombre más feo que pueda existir, y yo, la criatura más desgraciada por ser azotada continuamente a causa de un hombre al que no amaba. Vos sabéis, señor, que ser esposa de un médico es un riesgo claro para la mujer arisca. Aquel médico, enfadado por el comportamiento de su mujer, un día

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

que estaba acatarrada le administró una medicina tan eficaz, que en dos horas se murió en medio de terribles convulsiones. Los parientes de ella denunciaron al señor en los juzgados; él huyó y a mí me metieron en la cárcel. Me salvó mi belleza, no mi inocencia. El juez me liberó a condición de ser el sucesor del médico. Enseguida fui suplantada por otra rival y despedida sin ninguna recompensa, me vi obligada a continuar en este despreciable oficio que a los hombres os parece tan placentero, mientras que para nosotras representa un pozo de miserias. Vine a ejercer la profesión a Venecia. ¡Ay!, señor, si os pudieseis imaginar lo que supone tener que acariciar lo mismo a un comerciante viejo que a un abogado, a un monje, a un gondolero o a un abate; estar expuesta a cualquier insulto, a cualquier humillación; encontrarse en la situación de pedir prestada una falda, para que luego la levante un hombre repugnante; que un hombre te robe lo que has ganado con otro; que la policía te multe y te haga chantaje y tener como única perspectiva una vejez atroz, un hospital, y un estercolero como tumba, concluiríais que soy una de las criaturas más desdichadas del mundo.

Con toda sinceridad había confesado Paquita todas estas cosas al bueno de Cándido, en un reservado, en presencia de Martín, que le decía:

—Como veis llevo ganada media apuesta.

El hermano Alhelí se había quedado en el comedor, tomando una copa mientras esperaba la cena.

—Sin embargo —le dijo Cándido a Paquita cuando os encontré, parecíais tan alegre, tan contenta; ibais cantando y acariciando

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

al fraile con tanta naturalidad que tuve la impresión de que erais tan feliz como desgraciada afirmáis ahora ser.

—¡Ah, señor! —contestó Paquita—, ésa es una de las penalidades que hay que sufrir en este oficio. Ayer mismo un oficial me dio una paliza y me robó cuanto tenía y hoy tengo que fingir estar de buen humor para gustarle a un fraile.

Cándido no quiso saber más y dio la razón a Martín. Se sentaron a la mesa con Paquita y el fraile; la comida fue bastante entretenida y hacia el final empezaron a hablar con cierta confianza.

—Padre —le dijo Cándido al fraile—, vos parecéis tener un destino privilegiado, que debe envidiar todo el mundo; vuestra cara rebosa salud, tenéis un semblante feliz; podéis disfrutar de una guapa muchacha y parecéis estar satisfecho de vuestra condición de fraile teatino.

—Os juro, señor —dijo el hermano Alhelí—, que me gustaría ver a todos los teatinos ahogados en el fondo del mar. Mil veces he tenido tentación de prender fuego al convento y convertirme a la religión musulmana. A los quince años mis padres me obligaron a vestir este horrible hábito para que mi maldito hermano mayor, ¡al diablo con él!, tuviera más dinero. La envidia, la discordia y el odio reinan en el convento. Es cierto que predicando algunos malos sermones consigo un poco de dinero, la mitad del cual se lo queda el prior; el resto me lo gasto en prostitutas, pero, cuando regreso por la noche al monasterio, me entran ganas de darme cabezazos contra la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

pared de mi cuarto; y todos los demás hermanos están igual que yo.

Martín se volvió entonces hacia Cándido con su calma habitual y le dijo:

—¡Bueno! ¿Y ahora qué? ¿No acabo de ganar mi apuesta?

Cándido regaló dos mil piastras a Paquita y mil piastras al hermano Alhelí.

—Os digo —comentó a Martín— que con esto serán felices.

—No lo creo —dijo Martín—; posiblemente estas piastras les hagan aún mucho más desgraciados.

—Que sea lo que tenga que ser —dijo Cándido—; pero sólo me consuela una cosa: comprobar que a veces uno se topa con gente a la que no pensaba volver a encontrar jamás, por lo tanto así como he vuelto a encontrar mi carnero rojo y a Paquita, podría ser que encontrara también a Cunegunda.

Martín le contestó:

—Deseo que algún día ella os haga feliz; pero lo dudo mucho.

—¡Qué cruel sois! —dijo Cándido.

—Porque sé de la vida —dijo Martín.

—Pero mirad a esos gondoleros —dijo Cándido—; ¿no se pasan el día cantando?

—Habría que verlos en sus casas, con sus mujeres y sus hijos —dijo Martín—. El dux tiene sus sufrimientos, los gondoleros tienen los suyos. Pensándolo bien, la suerte de un gondolero es

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

preferible a la de un dux; pero creo que la diferencia es tan escasa que más vale no tenerla en cuenta.

—He oído hablar —dijo Cándido— de que el senador Pococurante, que vive en aquel hermoso palacio, a orillas del Brenta y que es bastante hospitalario con los extranjeros, es un hombre que nunca ha sufrido penalidades.

—Me gustaría conocer una especie tan rara — dijo Martín.

Cándido ordenó que al instante se solicitara al señor Pococurante audiencia para el día siguiente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXV

VISITA AL SEÑOR POCOCURANTE, NOBLE VENECIANO

Cándido y Martín fueron en góndola por el Brenta, y llegaron al palacio del noble Pococurante. Los jardines estaban bien diseñados y adornados con bellas estatuas de mármol; el palacio era de bella arquitectura. El dueño de la casa, un hombre de sesenta años, muy rico, recibió con exquisita cortesía a los dos curiosos, pero con muy pocas prisas, lo cual desconcertó a Cándido, pero no disgustó en absoluto a Martín.

En primer lugar, dos hermosas muchachas muy elegantes les sirvieron chocolate bien batido. Cándido no pudo evitar alabar su belleza, su gracia y su soltura.

—Son muy buenas muchachas—dijo el senador Pococurante—; a veces me acuesto con ellas, porque las damas de la ciudad me tienen harto, no soporto su coquetería, sus celos, sus peleas, su cambios de humor, sus mezquindades, su orgullo, sus tonterías y los sonetos que hay que escribirles o mandar que se los escriban; aunque también estas dos muchachas empiezan a aburrirme bastante.

Después de comer y mientras paseaba por una larga galería, Cándido quedó sorprendido por la belleza de los cuadros. Preguntó de quién eran los dos primeros.

—Son de Rafael —dijo el senador—; hace algunos años, mi vanidad me hizo comprarlos muy caros; dicen que es lo más bello que hay en Italia, pero a mí no me gustan nada: el color

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

está muy apagado, las figuras no son suficientemente redondas ni apenas destacan; los lienzos no parecen ni de tela: en una palabra, por mucho que digan, yo no encuentro en ellos una fiel imitación de la naturaleza. No me gusta un cuadro si no veo en él reflejada la propia naturaleza, y no existen los de esta clase. Poseo muchos cuadros, pero ni siquiera los miro.

Mientras hacían tiempo hasta la hora de cenar, Pococurante mandó que tocaran un concierto, que a Cándido le pareció espléndido, en cambio Pococurante dijo:

—Este ruido puede divertir una media hora; pero, si dura más tiempo, cansa a todo el mundo, aunque nadie se atreva a decirlo. Hoy en día la música sólo consiste en ejecutar cosas complicadas, y lo complicado a la larga molesta. Me podría gustar más la ópera, si no hubieran conseguido convertirla en un monstruo que me irrita. El que quiera ir que vaya a ver malas tragedias acompañadas de música en las que las escenas no tienen otro objeto que introducir, muy torpemente, dos o tres canciones ridículas para que una actriz luzca su voz; el que quiera extasiarse de placer que se extasíe viendo a un eunuco lanzando gorgoritos en el papel de César o de Catón y paseándose sin soltura en el escenario; yo hace tiempo que renuncié a esas miserias que constituyen hoy gloria de Italia y que a algunos soberanos les cuesta tan caro.

Como Cándido no estaba de acuerdo, puso algunas objeciones, pero sin insistir demasiado. Martín fue de la misma opinión que el senador.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Tras una cena exquisita, fueron a la biblioteca. Al ver un Homero, magníficamente encuadernado, elogió a aquel ilustrísimo hombre por su buen gusto, añadiendo:

—A Plangloss, el mejor filósofo de Alemania, le encantaba este libro.

—Pues a mí no—dijo Pococurante secamente—; antaño me hicieron creer que sentía placer al leerlo; pero tantas batallas iguales seguidas, unos dioses que están siempre moviéndose sin ninguna eficacia, esa Helena que es la causante de una guerra y sin embargo apenas tiene peso en la obra; esa Troya asediada y que no se toma nunca: todo ello me produce un aburrimiento mortal. Alguna vez he preguntado a algún entendido si se aburrían al leerlo tanto como yo: las personas sinceras admitieron que el libro les producía somnolencia, pero que había que tenerlo siempre en la biblioteca, como un monumento de la antigüedad, y como esas medallas todas roñosas e inservibles.

—¿Y qué piensa Su Excelencia de Virgilio? —dijo Cándido.

—Considero—dijo Pococurante —que el segundo, el cuarto y el sexto libro de su Eneida son excelentes; pero respecto a su piadoso Eneas, y al fuerte Cloanto, y al amigo Acato, y al pequeño Ascanio, y al imbécil rey latino, y a la burguesa Amata, y a la insípida Lavinia, pienso que son de lo más frío y desagradable. Prefiero el Tasso y los cuentos de vieja de Ariosto.

Preguntó Cándido:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Os gusta leer a Horacio?

—Tiene algunas máximas —dijo Pococurante —que un hombre de mundo podría aprovechar y, como están expresadas en versos vehementes, la memoria los retiene con facilidad; pero a mí me emocionan muy poco el viaje a Brindis, la descripción de aquella mala cena, y la riña de costaleros entre un tal Pupilo, que profería palabras llenas de pus, según su propia descripción, y otro cuyas palabras eran puro vinagre. Sus chapuceros versos contra viejas y brujas sólo me causan asco; y no encuentro ningún mérito cuando le dice a su amigo Mecenas que, por colocarle a él en la categoría de poeta lírico, acariciará las estrellas con su admirable talento. Los tontos lo admiran todo en un autor de fama. Yo ya leo únicamente para mí y sólo aprecio lo que me es útil.

Cándido, que había sido educado para no juzgar jamás nada por sí mismo, se sorprendía mucho al oír a aquel hombre mientras Martín encontraba muy razonable la forma de pensar de Pococurante.

—¡Oh!, éste es de Cicerón —dijo Cándido—; supongo que no dejaréis de leer a este gran hombre.

—Nunca lo leo —contestó el veneciano—. ¿Qué se me da a mí que haya defendido a Rabírius o a Cluentíus? Bastantes procesos tengo yo que juzgar; me gustaban más sus obras filosóficas; pero, al ver que todo lo ponía en duda, llegué a la conclusión de que yo sabía al menos tanto como él y que para ser un ignorante no necesitaba a nadie.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Ah, mira qué hay aquí, ochenta volúmenes de una enciclopedia de una academia de ciencias —exclamó Martín—; a lo mejor hay algo interesante.

—Podría haberlo —dijo Pococurante—, sí tan sólo uno de los autores de este revoltijo hubiera inventado aunque sea el arte de fabricar alfileres; pero no hay una sola cosa útil en todos estos libros, todo son sistemas vanos.

—¡Cuántas obras de teatro veo ahí —dijo Cándido—, en italiano, en español, en francés!

—Sí —comentó el senador—, hay tres mil, y ni tres docenas llegan a ser buenas. Y estos compendios de sermones, que no igualan entre todos una página de Séneca, y todos esos enormes volúmenes de teología, os podréis imaginar que no se leen nunca, ni yo, ni nadie.

Martín descubrió unas estanterías llenas de libros ingleses.

—Creo —dijo— que un republicano se deleitará con la mayoría de estos libros escritos con tanta libertad.

—Sí —contestó Pococurante—; un hermoso privilegio del hombre es escribir lo que se piensa. Pero en Italia no se escribe lo que se piensa, Porque los ilustres habitantes de la patria de Césares y Antoninos no se atreven a tener una sola idea sin consultarla antes con un jacobino. La libertad de los escritores ingleses me complacería mucho si no fuera porque la pasión y el espíritu partidista estropean precisamente todo lo más estimable de esta apreciada libertad.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al reparar Cándido en un Milton, le preguntó si no veía a este escritor como un gran hombre.

—¿Quién? —dijo Pococurante—, ¿ese bárbaro que comenta el primer capítulo del Génesis nada menos que en diez libros de durísimos versos?, ¿ese grosero imitador de los griegos, que desfigura la creación haciendo que el gran Mesías coja un compás de un armario celeste y dibuje con él su obra, en tanto que Moisés nos representa al Ser eterno creando el mundo mediante el verbo? ¿Podría yo estimar a quien ha estropeado el infierno y el diablo del Tasso; a quien viste a Lucifer de sapo o de pigmeo y le hace repetir mil veces los mismos discursos y disertar sobre teología; a quien hace que los diablos disparen un cañón desde el cielo, tratando de imitar, en plan serio, a Ariosto y su relato cómico sobre las armas de fuego? Ni a mí, ni a nadie en toda Italia, le han podido gustar tales extravagancias. La narración de las bodas del pecado y muerte, y del pecado pariendo culebras hace vomitar a cualquier hombre sensible, y la larga descripción de un hospital sólo puede gustar a un enterrador. Es un poema oscuro, extraño, desagradable, que no fue aceptado cuando se publicó; ahora yo lo desprecio como en su país lo despreciaron sus contemporáneos. Además, yo digo lo que pienso y me importa un bledo que los demás no piensen igual que yo.

Cándido se sentía mal al oír aquellos comentarios, porque respetaba a Homero y le gustaba algo Milton.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Lástima! —le susurró a Martín—, mucho me temo que este hombre tenga también un gran desprecio por nuestros poetas alemanes.

—No habría nada malo en ello —dijo Martín.

—¡Oh! ¡Qué hombre tan extraordinario— seguía afirmando Cándido entre dientes , qué inteligencia la de este Pococurante. ¡Nada le gusta!

Después de haber revisado de esta manera todos los libros, bajaron al jardín. Cándido expresó admiración por su belleza.

—No conozco nada de peor gusto —dijo el dueño—: todo esto no son más que perifollos, pero mañana mismo voy a hacer que planten otro de diseño más distinguido.

Finalmente los dos curiosos se despidieron de su Excelencia y Cándido le dijo a Martín:

—Bien, no me negaréis ahora que este hombre es el más feliz de todos, ya que desprecia todo cuanto posee.

Martín contestó:

—¿No os dais cuenta de que está hastiado de lo mucho que posee? Ya lo dijo Platón hace muchos años, que los mejores estómagos son los que no hacen ascos a los alimentos.

—Pero —dijo Cándido—, ¿no produce placer el criticarlo todo, el ver defectos allí donde los demás sólo ven belleza?

—¿Queréis decir —prosiguió Martín que el no sentir placer puede causar placer?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Vale —dijo Cándido—, así que, cuando vuelva a ver a la señorita Cunegunda, no habrá nadie tan feliz como yo!

—Es bueno tener esperanza, —dijo Martín. Los días y las semanas iban pasando entretanto; Cacambo no aparecía, y Cándido estaba tan absorto en su dolor que ni se percató que Paquita y fray Alhelí ni siquiera habían vuelto a darle las gracias.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXVI
CÁNDIDO Y MARTÍN CENAN CON SEIS EXTRANJEROS

Una noche en que Cándido y Martín iban a sentarse a la mesa con unos extranjeros que se hospedaban en la misma posada, un hombre de color cenizo le abordo por detrás, le sujeto por el brazo y le dijo:

—Preparaos para partir con nosotros, no faltéis.

Se vuelve y ve a Cacambo. Solo haber visto a Cunegunda podía haberle sorprendido y agradado más. Casi se vuelve loco de alegría. Abraza a su querido amigo.

—¿Acaso está aquí Cunegunda? ¿Dónde está? Conducidme hasta ella para que muera de alegría.

—Cunegunda no está aquí —dijo Cacambo—, está en Constantinopla.

—¡Oh, cielos! ¡En Constantinopla! Pero, aunque estuviera en China, iría volando. ¡Vamos!

—Partiremos después de cenar—prosiguió Cacambo—; no puedo contaros más; soy esclavo y mi amo me espera; tengo que ir a servir la mesa: no digáis ni palabra de esto; cenad, y estad preparado.

Cándido, roto por la alegría y la tristeza, satisfecho de haber visto al fin a su fiel mensajero, un tanto extrañado al verle esclavo, pensando nada más en volver a ver a su amada, con el corazón palpitante y el ánimo conmocionado, se sentó a la mesa

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

con Martín, que mantenía la calma en medio de todas aquellas aventuras, y con los extranjeros que habían acudido al carnaval de Venecia.

Cacambo, que servía la bebida a uno de aquellos extranjeros, hacia el final de la comida, se acercó al oído de su amo y le dijo:

—Señor, Vuestra Majestad puede partir cuando quiera, el barco está listo.

Pronunciadas estas palabras, salió. Los comensales se miraban extrañados sin decir ni pío, cuando otro criado, aproximándose a su amo, le dijo:

—Señor, el carruaje de Vuestra Majestad se encuentra en Padua y el barco está ya listo.

El amo hizo un gesto y el criado se fue. Todos los comensales volvieron a mirarse más extrañados todavía. Un tercer criado se acercó también a un tercer extranjero y le dijo:

—Señor, debéis escucharme, Vuestra Majestad no debe permanecer aquí ni un minuto más: voy a prepararlo todo.

—E inmediatamente desapareció.

En aquel momento Cándido y Martín creyeron que se trataba de una broma de carnaval. Un cuarto criado le dijo al cuarto amo:

—Señor, Vuestra Majestad puede partir cuando quiera.

—Y salió lo mismo que los demás.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El quinto criado se comportó igual con el quinto amo. Pero el sexto criado habló de manera diferente al sexto extranjero que estaba junto a Cándido, diciéndole:

—Os juro, señor, que ya no nos fían ni a Vuestra Majestad ni a mí, por lo que nos podrían meter entre rejas esta noche, a vos y a mí, así que yo voy a arreglar mis asuntos, adiós.

Una vez idos todos los criados, los seis extranjeros, Cándido y Martín guardaron un profundo silencio, que Cándido rompió por fin diciendo:

—Señores, se trata de una broma un tanto particular. ¿Por qué todos son reyes? Yo les confieso que ni Martín ni yo lo somos.

El amo de Cacambo habló con gravedad entonces y dijo en italiano:

—No estoy bromeando, me llamo Achmet III, y durante varios años he sido sultán; yo destroné a mi hermano; mi sobrino me destronó a mí y degolló a mis visires; ahora veo acabar mis días en el viejo harén; mi sobrino, el gran sultán Mahmond, me permite a veces viajar por motivos de salud y he venido a pasar el carnaval en Venecia.

Un joven que se encontraba cerca de Achmet habló tras él, y dijo:

—Yo me llamo Iván y he sido emperador de todas las Rusias; estando en la cuna me destronaron ya, y a mi padre y a mi madre les encarcelaron; he sido educado en la cárcel; a veces me permiten viajar, acompañado por mis guardianes y he venido a pasar el carnaval en Venecia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El tercero dijo:

—Yo soy Carlos-Eduardo, rey de Inglaterra; mi padre me cedió sus derechos al reino y he luchado por defenderlos; arrancaron el corazón a ochocientos partidarios míos y les golpearon con ellos en las mejillas; me han encarcelado; voy a Roma a visitar a mi padre el rey, destronado como yo, y a mi abuelo; y he venido a pasar el carnaval en Venecia.

A continuación tomó la palabra el cuarto y dijo:

—Soy rey de los polacos; la guerra me ha privado de las tierras que heredé y mi padre sufrió igual suerte; me resigno ante la Providencia como el sultán Achmet, el emperador Iván y el rey Carlos—Eduardo, ¡que Dios les conceda larga vida! Yo he venido a pasar el carnaval en Venecia.

El quinto dijo:

—Yo también soy rey de los polacos; dos veces he perdido mi reino, pero la Providencia me ha concedido otro estado en el que he hecho más bien que el que hayan podido hacer a orillas del Vístula todos los reyes de los sármatas juntos. Yo también acepto los designios de la Providencia y he venido a pasar el carnaval en Venecia.

Faltaba la explicación del sexto monarca.

—Señores —dijo—, ustedes tienen mayor dignidad que yo; pero yo también he sido rey como cualquier otro; soy Teodoro y fui elegido rey de Córcega. Entonces me daban tratamiento de Vuestra Majestad, mientras que ahora apenas si me llaman señor; acuñaba moneda y ahora no poseo ni un céntimo; tenía

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

dos secretarios de Estado y ahora ni un criado; me he sentado en un trono y en Londres he estado durante mucho tiempo en la cárcel durmiendo sobre paja; presiento que voy a ser tratado aquí de la misma manera, aunque haya venido, como Vuestras Majestades, a pasar el carnaval en Venecia.

Los otros cinco reyes escucharon estas palabras con generosa compasión. Cada uno entregó al rey Teodoro veinte cequíes venecianos para que se comprara ropa de vestir, y Cándido le regaló un diamante que valía dos mil cequíes, ante lo cual los cinco reyes se preguntaban:

—Pero ¿quién será este hombre especial que puede dar cien veces más que cada uno de nosotros y que además lo da?

En ese mismo momento en que se retiraban de la mesa, llegaron a aquella fonda otras cuatro altezas serenísimas que también habían perdido sus Estados a causa de la guerra y que venían a pasar el resto del carnaval en Venecia. Cándido ni tan siquiera reparó en aquella gente pensando tan sólo en ir a Constantinopla en busca de su querida Cunegunda.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXVII
VIAJE DE CÁNDIDO A CONSTANTINOPLA

El fiel Cacambo había convencido al patrón turco, que iba a llevar de regreso al sultán Achmet hasta Constantinopla, que permitiera viajar a bordo a Cándido y a Martín. Ambos fueron allí tras rendir pleitesía ante su miserable Alteza. Cándido, yendo de camino, le decía a Martín:

—¡Es extraordinario que hayamos cenado con seis reyes destronados y sobre todo que hayamos dado limosna a uno de ellos! Puede que existan otros muchos príncipes aún con menos fortuna. Bien mirado, yo sólo he perdido cien carneros y corro a los brazos de Cunegunda. Mi querido Martín, una vez más Pangloss tenía razón y todo está perfecto.

—No deseo otra cosa —dijo Martín. Añadió Cándido:

—Esta aventura que nos acaba de ocurrir en Venecia tiene pocos visos de realidad. No es normal que seis reyes destronados cenen juntos en una posada.

—Sin embargo, no es un hecho mucho más extraordinario que la mayoría de las cosas que nos han pasado. Es bastante frecuente que los reyes sean destronados; y en lo que respecta a nuestra cena compartida es una tontería que no merece nuestra atención.

En cuanto subió Cándido a bordo fue enseguida a abrazar a su antiguo criado, su amigo Cacambo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Y qué?—le dijo—, ¿qué es de Cunegunda? ¿Sigue siendo una belleza prodigiosa? ¿Me sigue amando? ¿Cómo se encuentra? Seguramente le has comprado un palacio en Constantinopla.

—Mi querido amo —contestó Cacambo—, Cunegunda se dedica a fregar platos en las orillas del Propóntide en casa de un príncipe que apenas posee vajilla, es esclava en casa de un antiguo rey, llamado Ragotski, a quien el Gran Turco entrega tres escudos diarios de pensión; pero lo más triste de todo es que ha perdido la belleza, y ahora está feísima.

—¡Ah!, bella o fea —dijo Cándido—, yo soy todo un hombre y debo amarla siempre. Pero, ¿cómo puede haber llegado a un estado tan lamentable si tú le llevaste cinco o seis millones?

—Bueno —dijo Cacambo—, fue preciso dar dos millones al señor don Fernando de Ibarra y Figueroa y Mascarenes y Lampourdos y Souza, gobernador de Buenos Aires, como rescate de la señorita Cunegunda. El resto nos lo robó un pirata que nos llevó al cabo Matapan, a Milo, a Nicaria, a Samos, a Petra, a Dardanelos, a Marmora, a Escutari. Cunegunda y la vieja sirven en casa de ese príncipe que he mencionado antes y yo soy esclavo del sultán destronado.

—¡Qué cadena de espantosas calamidades! —dijo Cándido—. Pero, aun con todo, me quedan todavía algunos diamantes con los que liberaré fácilmente a Cunegunda. Es una pena que esté ahora tan fea.

Luego, volviéndose hacia Martín le dijo:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Quién creéis que es el más digno de lástima, el emperador Achmet, el emperador Iván, el rey Carlos-Eduardo o yo?

—No lo sé —dijo Martín—; tendría que estar dentro de vosotros para saberlo.

—¡Ah! —dijo Cándido—, Pangloss lo sabría y nos lo diría si estuviera aquí.

—No sé —dijo Martín—, cómo podría pesar vuestro Pangloss las desgracias de los hombres y medir sus dolores. A mí me parece que hay millones de hombres en la tierra mil veces más dignos de compasión que el rey Carlos-Eduardo, el emperador Iván y el sultán Achmet.

—Quizás tengas razón —dijo Cándido.

A los pocos días llegaron al canal del Mar Negro. Cándido pagó un costoso rescate por Cacambo y, sin perder tiempo, se metió en una galera junto a sus compañeros para alcanzar la orilla del Propóntide y buscar a Cunegunda, por muy fea que pudiera estar.

Entre los galeotes había dos que remaban muy mal, por lo que eran castigados con algunos latigazos que el jefe levantino les sacudía de vez en cuando en los hombros desnudos; Cándido, impulsado por su naturaleza, se fijó en ellos con mayor atención y se aproximó compasivamente. Sus desfigurados rostros mostraban algunos trazos que le recordaron a Pangloss y a aquel desgraciado jesuita, el barón, el hermano de la señorita Cunegunda. Ante esta idea se emocionó y se puso triste. Los observó más detenidamente.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Verdaderamente —dijo a Cacambo—, si no hubiera visto ahorcado al maestro Pangloss, y si no hubiera matado al barón, juraría que son estos dos los que reman en esta galera.

Al oír el nombre del barón y de Pangloss, los dos galeotes lanzaron un grito, pararon el movimiento del banco y dejaron caer los remos. El jefe levantino corrió presto hacia ellos redoblando los latigazos.

—¡Pare! ¡Pare!, señor —exclamó Cándido—, le daré el dinero que me pida.

—¡Cómo! ¡Es Cándido! —decía uno de los galeotes.

—¡Cómo! ¡Es Cándido! —decía el otro.

—¿Estoy soñando? —dijo Cándido—; ¿o estoy despierto? ¿Estoy de verdad en esta galera? ¿Es éste el señor barón a quien yo maté? ¿Es éste el maestro Pangloss a quien yo he visto ahorcar?

—Somos nosotros, somos nosotros —contestaban.

—¡Cómo! ¿Con que éste es el gran filósofo? —decía Martín.

—¡Eh, señor jefe levantino! —dijo Cándido— ¿Cuánto dinero pide por el rescate del señor de Thunder-ten-tronckh, uno de los primeros barones del imperio, y por el del señor Pangloss, el más penetrante metafísico de Alemania?

—Perro cristiano —contestó el jefe levantino—, siendo estos dos galeotes perros cristianos, barones y metafísicos, algo sin duda de gran nobleza en su país, me darás por ellos cincuenta mil cequíes.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Se los daré, señor; llevadme como un rayo a Constantinopla y será pagado en el acto. Mejor, no; llevadme hasta la señorita Cunegunda.

El jefe levantino, que había puesto ya rumbo a la ciudad a la primera oferta de Cándido, les hacía remar más rápido que el vuelo de los pájaros.

Cándido abrazaba una y mil veces al barón y a Pangloss.

—¿Y cómo es posible que yo no os matara, mi querido barón, y cómo es posible, mi querido Pangloss, que sigáis con vida habiendo sido ahorcado? ¿Y por qué estáis ambos en galeras en Turquía?

—¿De verdad que mi querida hermana se encuentra aquí, en este país? —preguntaba el barón.

—Sí—contestaba Cacambo.

—¡Qué alegría veros de nuevo, mi querido Cándido! —exclamaba Pangloss.

Cándido les presentó a Martín y a Cacambo. Todos se abrazaron; todos hablaban al mismo tiempo. La galera volaba y pronto llegaron a puerto. Buscaron a un judío que pagó a Cándido cincuenta mil cequíes por un diamante que valía cien mil y que le juró por Abraham que no podía dar más. Al momento pagó el importe del rescate del barón y de Pangloss, que se arrojó a los pies de su liberador llorando; el otro hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y prometió devolverle el dinero en la primera ocasión.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Pero es verdad que mi hermana está en Turquía? —dijo.

—No hay nada tan cierto —replicó Cacambo—, está fregando platos en casa de un príncipe de Transilvania.

Enseguida fueron a buscar a dos judíos a los que Cándido también vendió diamantes, y todos embarcaron en otra galera para ir a liberar a Cunegunda.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXVIII
ANDANZAS DE CÁNDIDO, CUNEGUNDA, PANGLOSS, MARTÍN, ETCÉTERA

Cándido dijo al barón:

—Os pido perdón otra vez, reverendo padre, por la estocada que os di.

—No se hable más de eso —dijo el barón—; reconozco que estuve algo impulsivo, pero, ya que queréis saber qué azar me trajo a galeras, os contaré que el hermano boticario del colegio me curó las heridas, tras lo cual unos soldados españoles me atacaron, raptaron y encarcelaron en Buenos Aires, precisamente cuando mi hermana acababa de marcharse de allí. Solicité el regreso a Roma junto al padre general y me nombraron capellán del embajador de Francia en Constantinopla. No haría ni ocho días que había empezado mi cometido, cuando un atardecer conocí a un apuesto joven, que era paje del sultán. Hacía mucho calor y el joven quiso ir a bañarse; a mí también me apeteció bañarme, sin saber que para un cristiano era un crimen capital ser pillado completamente desnudo con un joven musulmán. Un juez musulmán sentenció que me dieran cien bastonazos en la planta de los pies y me condenó a galeras. No creo que exista una injusticia más patente. Pero quisiera saber por qué mi hermana friega en la cocina de un rey de Transilvania refugiado entre los turcos.

—Y a vos, mi querido Pangloss —dijo Cándido—, ¿a qué se debe que os vuelva a ver?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Es verdad —dijo Pangloss— que me visteis ahorcar y que luego naturalmente debía haber sido quemado; pero recordad que llovía a mares en el momento en que me iban a cocer: era una tormenta tan violenta que desistieron de encender la lumbre; me colgaron, porque era lo mejor que podían hacer; entonces un cirujano compró mi cuerpo, me llevó a su casa y me disecó. En primer lugar me hizo un corte en forma de cruz desde el ombligo hasta la clavícula. Había sido ahorcado de la peor manera que se puede ahorcar. Verdaderamente el subdiácono encargado de ejecutar las altas obras de la Santa Inquisición quemaba a la gente de maravilla, pero no tenía la costumbre de ahorcar; como la cuerda estaba mojada, no resbaló bien y se quedó atada; nada, que yo aún respiraba; aquel corte me hizo lanzar tan tamaño grito, que mi cirujano cayó al suelo boca arriba y, pensando que estaba disecando al mismísimo diablo, huyó muerto de miedo, rodando otra vez en su huida por las escaleras. Al oír el ruido, su mujer, que estaba en una Balita próxima, acudió y, cuando me vio sobre la mesa con aquel corte en forma de cruz, le entró aún más miedo que a su marido y, al huir, cayó encima de él. Cuando recuperaron un poco el ánimo, oí que la cirujana le decía a su marido:

"Cariño, ¡menuda idea la de disecar a un hereje! ¿No sabéis que tienen siempre el demonio metido en el cuerpo? Ahora mismo me voy a buscar un sacerdote para exorcizarle." Al oír tal propósito me eché a temblar y sacando fueras de flaqueza grité: "¡Tened piedad de mí!" Por último, aquel barbero portugués venció su miedo y me cosió de nuevo la piel; incluso su mujer me atendió durante mi convalecencia y a los quince días ya me

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

había curado del todo. El barbero me encontró una ocupación como criado de un caballero de Malta que iba a Venecia, pero aquel amo no tenía con qué pagarme y entré al servicio de un comerciante veneciano con el que fui hasta Constantinopla.

»Un día me dio por entrar en una mezquita; sólo estaban allí un viejo imán y una joven devota muy guapa rezando padrenuestros; tenía el escote al aire y entre sus dos pechos llevaba un hermoso ramillete de tulipanes, rosas, anémonas, hierbecillas, jacintos y orejas de oso; ella dejó caer el ramillete al suelo, yo lo recogí y se lo fui a devolver con un entusiasmo lleno de respeto. Empleé tanto tiempo en colocárselo que el imán se enfureció, y, al ver que yo era cristiano, gritó pidiendo socorro. Fui trasladado a casa del juez, que me sentenció cien varapalos en la planta de los pies, y me mandó a galeras. Fui encadenado justo en la misma galera y en el mismo banco que el señor barón. Había en la galera cuatro muchachos de Marsella, cinco sacerdotes napolitanos y dos monjes de Corfú, todos aseguraron que tales desventuras se daban a diario. El señor barón pretendía haber sufrido una injusticia superior a la mía y yo defendía que el hecho de colocar un ramillete en el pecho de una mujer estaba más permitido que hallarse desnudo con un oficial del sultán. Nuestras discusiones no cesaban nunca y nos solían dar unos veinte latigazos al día cuando la cadena de sucesos de este mundo os ha traído hasta nuestra galera, y nos habéis rescatado.

—¡Y bien, mi querido Pangloss! —le dijo Cándido—, ¿seguís pensando que todo está perfectamente en el mundo aun cuando

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

hayáis sido ahorcado, disecado, molido a golpes, y hayáis remado en galeras?

—Sigo sosteniendo mi primera idea —contestó Pangloss—; porque al fin y al cabo yo soy un filósofo: no me conviene desdecirme. Pienso que Leibnitz no pudo equivocarse y que la armonía preestablecida es lo más bello junto a lo pleno y a la materia sutil.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXIX
CÁNDIDO ENCUENTRA A CUNEGUNDA Y A LA VIEJA

Mientras Cándido, el barón, Pangloss, Martín y Cacambo contaban sus aventuras, argumentaban sobre los hechos contingentes o no contingentes de este universo, discutían sobre los efectos y las causas, sobre el mal moral y el mal físico, sobre la libertad y la necesidad y sobre la manera de mantener las esperanzas cuando se está en galeras en Turquía, llegaron a la costa del Propóntide, a casa del príncipe de Transilvania. La primera visión que tuvieron fue la de Cunegunda y la vieja tendiendo servilletas en unas cuerdas para que se secaran.

El barón palideció al verlo. El tierno amante Cándido, cuando vio a su bella Cunegunda con la tez ennegrecida, los ojos enrojecidos, flaco el pecho, las mejillas arrugadas, los brazos colorados y resecos, retrocedió horrorizado, aunque luego por educación fue hacia ella. Cunegunda abrazó a Cándido y a su hermano; abrazaron también a la vieja, y Cándido las rescató a las dos.

Cerca de allí había una pequeña finca; la vieja propuso a Cándido que fueran todos a vivir allí mientras decidían su futuro. Cunegunda, a la que nadie había advertido aún de su fealdad, le recordó a Cándido sus promesas de amor en un tono tan firme que el bueno de Cándido no se atrevió a oponerse, por lo tanto pidió al barón la mano de su hermana. El barón contestó:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Nunca permitiré ni su degradación ni vuestra insolencia; nadie podrá reprocharme nunca semejante ultraje: los hijos de mi hermana no podrían entrar en las reuniones de la nobleza alemana. No, mi hermana no se casará más que con un barón del Imperio.

Cunegunda se arrojó a sus pies llorando, pero se mantuvo inflexible.

—Estás loco de atar, amo —le dijo Cándido—, te he rescatado de las galeras pagando tu rescate, también he pagado el de tu hermana, que estaba aquí fregando platos, se ha puesto fea y pese a ello tengo la bondad de convertirla en mi mujer, ¡Y tú tratas aún de oponerte a ello! Si me dejara llevar por la ira, volvería a matarte.

—Todavía puedes hacerlo —dijo el barón—, pero no te casarás con mi hermana mientras yo viva.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

CAPÍTULO XXX

CONCLUSIÓN

En el fondo de su corazón Cándido ya no sentía ganas de casarse con Cunegunda, pero aquella extrema desfachatez del barón le impulsaba a celebrar la boda, y además Cunegunda le insistía con tanta premura que no podía volverse atrás. Consultó a Pangloss, a Martín y al fiel Cacambo. Pangloss escribió un magnífico informe, en el cual demostraba que el barón no tenía ningún derecho sobre su hermana, y que ella podía, según las leyes del Imperio, contraer con Cándido un matrimonio de la mano izquierda o morganático. Martín propuso arrojar al barón al mar; Cacambo, devolverlo al jefe levantino para que fuera de nuevo a galeras y después mandarlo a Roma, junto al padre general, en el primer barco. Todos aceptaron esta propuesta y la vieja la aprobó; a su hermana no le dijeron nada, el asunto se llevó a cabo con algunas monedas y así tuvieron el placer de trincar a un jesuita y al mismo tiempo de castigar el orgullo de un barón alemán.

Lo lógico sería pensar que después de tantas desgracias, Cándido, una vez casado con su amada y viviendo con el filósofo Pangloss, el filósofo Martín, el prudente Cacambo y la vieja, y en posesión de tantos diamantes traídos de la patria de los antiguos Incas, gozaría de la mejor vida del mundo, pero los judíos le habían sableado de tal manera que únicamente le quedaba aquella pequeña finca; por otra parte su mujer, cada día más fea, se volvió huraña e insoportable; a la vieja, que

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

estaba enferma, se le agrió el carácter aún más que a Cunegunda. Cacambo, que trabajaba en la huerta y vendía luego las hortalizas en Constantinopla, tenía demasiado trabajo y maldecía su destino. A Pangloss le desesperaba no poder brillar en ninguna universidad de Alemania. Por su parte, Martín tenía la completa convicción de que en todas partes cuecen habas y se lo tomaba todo con calma. Algunas veces Cándido, Martín y Pangloss discutían de metafísica y moral mientras veían pasar con cierta frecuencia delante de la finca barcos cargados de nobles, gobernadores y jueces turcos, que eran enviados al exilio a Lemnos, a Mitilene, a Erzerum. Otros nobles, otros gobernadores, otros jueces venían a sustituir a los expulsados y también sufrían la misma suerte. Veían cabezas perfectamente limpias, que eran llevadas para ser expuestas en la Puerta Sublime. Semejantes espectáculos multiplicaban las discusiones y, si no discutían, se aburrían tanto que la vieja se atrevió un día a decirles:

—Me gustaría saber qué es peor: que unos piratas negros te violen mil veces, que te corten las nalgas, que los búlgaros te apaleen, que te azoten y ahorquen en un auto de fe, que te disequen, que vayas a galeras, en fin, que tengas que sufrir todas las miserias que hemos sufrido o que nos quedemos aquí sin hacer nada.

—Es una buena pregunta —dijo Cándido.

Estas palabras motivaron nuevas reflexiones que hicieron que Martín llegara a la conclusión de que el hombre había nacido para vivir en medio de la angustia o en medio del aburrimiento.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Cándido no estaba de acuerdo, pero tampoco estaba seguro de nada. Pangloss por su parte confesaba que siempre había sufrido muchísimo, pero que, como una vez había defendido que todo estaba perfecto, seguía defendiéndolo aun sin creérselo.

Hubo algo que ratificó a Martín en sus detestables ideas, hizo dudar a Cándido más que nunca y desorientó a Pangloss. Un día llegaron a la finca Paquita y fray Alhelí en un estado miserable; en poquísimo tiempo se habían comido las tres mil piastras, se habían separado, se habían vuelto a juntar, se habían peleado otra vez, habían ido a la cárcel, habían huido y, por último, fray Alhelí se había hecho turco. Paquita continuaba con su oficio por todas partes, si bien ya no le hacía ganar dinero. Martín le dijo a Cándido:

—Ya os advertí yo que derrocharían enseguida vuestros regalos y que se volverían aún más infelices. Vos y Cacambo habéis sido dueños de millones de piastras, y no sois por ello más felices que fray Alhelí y Paquita.

—¡Ah, ah —dijo Pangloss a Paquita—, el cielo os trae hasta nosotros, mi pobre niña! ¿Sabéis que por vuestra culpa me faltan la punta de la nariz, un ojo y una oreja? Y vos, ¡hay que veros a vos! ¡Ay, yaya mundo!

La nueva situación les hizo ponerse a filosofar más que nunca.

Tenían por vecino a un derviche muy famoso, que era considerado el mejor filósofo de Turquía, y fueron a consultarlo; Pangloss habló en nombre de todos y le dijo:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Maestro, venimos a pedirle que nos explique la causa por la que ha sido creado un animal tan raro como el hombre.

—¿Y a santo de qué metes tus narices en esto? —le contestó el derviche—. ¿Es que es de tu incumbencia?

—Pero, reverendo padre —dijo Cándido; hay mucho mal en la tierra.

—¿Y qué importa —dijo el derviche— que haya bien o mal? ¿Acaso su Alteza, cuando envía un barco a Egipto, se toma la molestia de saber si los ratones que hay en el barco van o no a gusto?

—Entonces, ¿qué se puede hacer? —dijo Pangloss.

—Callarte —dijo el derviche.

—Confiaba —dijo Pangloss— en razonar un poco con vos sobre los efectos y las causas, sobre el mejor de los mundos posibles, sobre el origen del mal, la naturaleza del alma y la armonía preestablecida.

Al oír estas palabras, el derviche les dio con la puerta en las narices.

Mientras hablaban con el derviche, se había propagado la noticia de que acababan de ser estrangulados en Constantinopla dos visires de la corte y un clérigo musulmán, y varios amigos suyos habían sido empalados. Esta tragedia hizo que no se hablara de otra cosa durante varias horas. Pangloss, Cándido y Martín regresaron a la pequeña finca y encontraron a un viejecillo que estaba a la fresca, en la puerta de su casa,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

bajo unos naranjos. Pangloss le preguntó por curiosidad cómo se llamaba el clérigo que acababa de ser estrangulado.

—Ni lo sé ni me importa —contestó el buen hombre—; nunca he sabido el nombre de ningún clérigo ni de ningún visir. No sé de qué me habláis; supongo que aquéllos que se mezclan en asuntos públicos morirán en alguna ocasión de mala manera y que lo merecerán; pero no estoy al corriente de lo que pasa en Constantinopla; me conformo con enviar allí a la venta la fruta del huerto que cultivo.

Tras decir estas palabras, invitó a los extranjeros a su casa; sus dos hijas y sus dos hijos les sirvieron varios refrescos hechos por ellos mismos, sorbete con corteza de cidra confitada, naranjas, limones, limonadas, piñas, pistachos, auténtico café de moka y no esa mezcla de mal café de Batavia y de las islas. A continuación las dos hijas de aquel buen musulmán perfumaron las barbas de Cándido, de Pangloss y de Martín.

Cándido dijo al turco:

—Vos debéis poseer un terreno vasto y magnífico.

—Sólo poseo unas ocho hectáreas —contestó el turco—; yo y mis hijos las cultivamos y de esta manera el trabajo aleja de nosotros los tres grandes males existentes en el mundo: el aburrimiento, el vicio y la necesidad.

Cándido, de regreso a su finca, pensó con intensidad en aquellas palabras del turco y les dijo a Pangloss y a Martín:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Me parece que este buen hombre se ha labrado un destino bastante mejor que el de los seis reyes con los que tuvimos el honor de cenar.

—Los honores —dijo Pangloss— están llenos de peligros, según todos los filósofos: así por ejemplo, Eglon, rey de los moabitas, fue asesinado por Aod; a Absalón le colgaron del pelo y lo traspasaron con tres flechas; el rey Nadab, hijo de Jeroboam, fue asesinado por Baasa; el rey Ela, por Zambri; Ocozías, por Jehú; Atali, por Joiada; los reyes Joaquín, Jeconías, Sedecías fueron hechos esclavos. ¿Sabéis cómo murieron Creso, Astiages, Darío, Dionisio de Siracusa, Pirro, Perseo, Nerón, Oto, Vitelio, Domiciano, Ricardo III, María Estuardo, Carlos I, los tres Enriques de Francia, el emperador Enrique IV? Sabéis que...

—Lo que sé —dijo Cándido— es que debemos cultivar nuestra huerta.

—Tenéis razón —dijo Pangloss—; porque el hombre fue puesto en el jardín del Edén, *ut operaretur eum*, para que lo cultivara; y eso prueba que el hombre no ha nacido para vivir ocioso.

—Trabajemos y no pensemos —dijo Martín—; así la vida será soportable.

Aquella diminuta sociedad se empeñó en este loable designio y cada cual se puso a ejercitar sus capacidades. La escasa tierra dio frutos en abundancia. Efectivamente, Cunegunda era muy fea, pero se convirtió en una excelente repostera; Paquita se dedicó a bordar; la vieja se encargaba de la ropa. No había nadie que no fuera útil y hasta el hermano Alhelí se hizo un

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

buen carpintero y llegó a ser un hombre honrado. Pangloss le decía algunas veces a Cándido:

—Todo tiene relación en el mejor de los mundos posibles: porque si no os hubiesen expulsado del castillo por amor a la señorita Cunegunda, si no hubieseis sido entregado a la Inquisición, si no hubieseis atravesado América andando, si no hubieseis dado una gran estocada al barón y si no hubieseis perdido todos vuestros carneros de aquella buena tierra de Eldorado, no estaríais comiendo ahora mermelada de sidra y pistachos.

—Muy bien dicho —contestó Cándido—, pero lo importante es cultivar nuestra huerta.

Ed. digital 2018

creative commons